







7486 A CONTRACTOR

AMÉRICA CENTRAL.

Poetas de Costa Rica.

Tomo Segundo.



INDICE.

	Páginas.	
CARLOS GAGINI		3
Primavera		7
Recuerdo		10
¿Por qué?		I 2
Ella		13
Felicidad		I 5
El Gran Galeoto		16
Despedida		18
¿Qué quieres?		2 I
Desengaño	e 1a	23
En la playa		30
Costa Rica		32
Europa		4 I
Adela		40

<i>P</i> —	Páginas.
MANUEL ANTONIO GALLEGOS	5 75
Á mi padre	- 77
Á la Libertad	- 79
Á una huérfana	. 86
DAVID HINE	• 93
Deseo	
Del inglés	
Sensitiva	
El lucero	
Á Enriqueta Ors	_
PEDRO JOVEL	- 105
Improvisación	
Romance	. 109
Á Clara	
Á Elisa	
El Destino	
¡Adiós!	
Consulta	136

	Páginas.	
RAFAEL MACHADO	- 143	
Un recuerdo y una plegaria	. 147	
La Hermana de la Caridad		
La inmortal	- 159	
Á la luna		
Metempsícosis		
Último amor		
Al vapor "Salvador"		
El picaflor		
De noche	- 193	
Mi pobre hogar	. 198	
El condestable Ruy López de Ávalo	s 203	
En el álbum de Mrs. Keith	208	
El crepúsculo		
. * *	- 212	
Fragmento	- 214	
La estrella de la tarde	. 217	
Á la memoria de Juan Diego Braun.	. 220	
De mi álbum íntimo	. 231	
<mark>En el álbum de la s</mark> eñorita Adela Sáen	z 236	
Á Rafael	- 239	
Retrato	240	

Pá	íginas.
Á la niña Isabel Fernández y Soto Mi árbol	242 245
FÉLIX MATA VALLE. Sobre la tumba de Juan Diego Braun;Euterpe! La oración En la muerte de Elena Aragón Á José Joaquín Palma	249 251 253 260 264 266
MANUEL MONTÚFARÁ la locomotora En el cementerio de Retalhuléu	273 275 279
EMILIO PACHECO. Mis versos. Jnión Centroamericana. Décimas. En el beneficio de Carmen Fernández	287 291 293 302 308

Páginas. Disculpa..... 311 En el álbum de mi prima Heloísa.... 316 Á la señorita M. B. G..... 323 Á M. A. T..... 234 Patinando..... 325 En el teatro..... 327 Cármen Fernández..... 326 Amor verdadero..... 331 Sombras. Un recuerdo á la memoria de Elena Aragón..... El periodista..... 250 Á Marianita..... 352 El arte.... 355 Juan Santamaría..... 363 Imilda Lambertazzi...... 370 Adelante..... 373



GAGINI CARLOS.



RASAS—SSSSSS

GAGINI CARLOS.

Es un poeta reflexivo en toda la extensión de la palabra.

Vale más por lo que guarda que por lo que reparte.

Y no es que sea de fría condición, sino que procura conservar la baja temperatura de sus entrañas. Se reduce siempre á lo proporcionado, y antes que dejarse arrebatar por los entusiasmos del momento, piensa en las contigencias de lo porvenir. Hace bien. Él ha aprendido de una vez para siempre que el entusiasmo es indiscreto, y ha dejado de entusiasmarse, más por convencimiento que por costumbre; y esto es un mérito, que al fin y

al cabo son muchas las espontaneidades que es necesario ahogar para ser por costumbre reflexivo. En el trato social es una personalidad simpática: cuenta cuentos, dice chistes y es galanteador eterno.

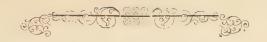
Leyendo las composiciones de Gagini cualquiera comprenderá que en su alma tienen eco los dolores de la humanidad; pero que el poeta medita el argumento antes de sentir la inspiración, y que mide las proporciones de la obra antes de que la imagen, expresada con el vigor que de suyo requiere, venga á calentar la frase.

Joven que apenas cuenta veinticinco años, sabe decir lo que quiere y como quiere, y su sintáxis perfilada y su corrección limpia dan á conocer al profesor de castellano del primero de nuestros establecimientos de enseñanza. Sus producciones merecen el aplauso de los que aman el arte, porque ellas revelan una escrupulosa conciencia de poeta que huye del lirismo palabrero y que no pretende disfrazar con la melodía la ausencia de las ideas; muy al contrario, el debe poner particular empeño en que su estilo no peque de monótono y uni-

forme; pero si ya en prosa ó en verso no le es dable hacer oraciones con follaje y con bordados, que no le importe. También Herrera hizo el Escorial con la línea recta y el medio punto.







PRIMAVERA.

Y a la hermosa primavera Anunciando su venida, Da á los campos nueva vida Y color á la pradera; Ya se siente por doquiera La fragancia de las flores, Y los pardos ruiseñores Cuando asoma la alborada, Entonan en la enramada El canto de sus amores.

Disipada la tristeza
Del invierno crudo y largo,
Sacude ya su letargo
La madre naturaleza:
Todo á renacer empieza
Al beso ardiente del sol,
Y bañada en arrebol
Cruza la nube el espacio,
Como flotante palacio
De nácar y tornasol.

Ya la inquieta mariposa
En el aire juguetea,
Y la abeja se recrea
Con el néctar de la rosa;
Ya pasa en grey numerosa
El ganado trashumante,
Y busca el pastor amante
Cabe la fuente espejada,
Las caricias de su amada
Que allí le aguarda constante.

Al antiguo y caro nido Vuelve ya la golondrina; Á la playa se encamina El pescador complacido; El mundo reverdecido Respira luz y alegría: Todo es gozo y poesía, Doquiera reina la calma; Sólo el dolor de mi alma Es más negro cada día.



RECUERDO.

E RA una noche hermosa cual ninguna:
Al través de los árboles brillaba
La amarillenta luna,
Y en tu rostro su luz se reflejaba.

¿Lo recuerdas, mi bien? Yo silencioso En tu dulce mirar me embebecía, Estrechando amoroso Tu mano abrasadora entre la mía.

¿Recuerdas que mirando el puro cielo Recamado de estrellas, me dijiste, Que era más puro el infinito anhelo De tu sincero amor? ¡Cómo mentiste! Y ; cómo desde entonces prontamente Menguando tu cariño, al fin dejaste El nido de mi pecho ingratamente Y en otro corazón te refugiaste!

Nada ha logrado mitigar mi pena Ni colmar el vacío de tu ausencia, Porque aun está con tu recuerdo llena, Á pesar de tu olvido, mi existencia.



. 1.6 4:0:6.6.6.658383836363636363636363636363636363638

¿POR QUE?

POR QUÉ en la vida la ilusión más bella
No se llega jamás á realizar,
Y la dulce ventura que soñamos
Se escapa á nuestro afán?

¿Por qué el hombre viajero del desierto, Luchando con eterna adversidad, Persigue sin cesar un espejismo Que nunca alcanzará?

¿Por qué siempre mi amor en tí ha encontrado Como valla invencible tu frialdad? Y ¿por qué si ese amor es imposible No te puedo olvidar?



ELLA.

Es ella de virtudes un tesoro,
De rostro angelical;
Y coronan su sien cabellos de oro
Rizados como el mar.

Es su boca brevísima y divina,
Sus labios de carmín;
Y formaron su tez alabastrina
La rosa y el jazmín.

El cuerpo airoso como esbelta palma, El talle sin igual; Cuando pasa, tras ella se va el alma Del que la ve pasar. Á todo el que padece ella ha tendido
La mano con bondad,
Mas conmigo la ingrata no ha tenido
Ni sombra de piedad.



FELICIDAD.

Un cielo sin tormentas y sin nieblas,
Un mar que, sosegado, la alta roca
Con sus olas de plata bese apenas;
Una vida sencilla é ignorada
Sin males, sin cuidados y sin penas;
Una mujer amante y cariñosa
Que nuestro hogar en un edén convierta:
Tal es, Juan, aunque rústico me llames,
La dicha más completa de la tierra.





EL GRAN GALEOTO.

Soneto.

L EVE rumor agita el manso viento,
Resuena ya cercano con más ruido,
Y al fin atruena el monte estremecido
El huracán con su ímpetu violento;
La añosa encina, el álamo opulento,
La gallarda palmera, todo hundido
En confuso montón queda derruído
Bajo el embate asolador del viento.

Así la vil calumnia, ese terrible *Dicen que dicen*, que naciendo oscuro Bajo el social anónimo se oculta, Se extiende poco á poco irresistible, Y destrozando el corazón más puro Sin piedad en el fango lo sepulta.



DESPEDIDA.

A LLÍ estaba; Dios mío! indiferente Y yo á su lado pensativo y mudo; Quise hablarle un instante de mis penas Y revelarle mi dolor profundo, Mas pintóse el desdén en su mirada Y atajó mis palabras el orgullo; Sin duda imaginó cual otras veces Que iba á humillarme y á pedir confuso Una mirada de piedad, un solo Acento de consuelo; mas no supo Que ese momento de vergüenza y lágrimas En que tanto sufrí, era ya el último.

* *

He querido olvidar y no he podido:
Parece, cuando trato de arrancarla
De mis recuerdos, que su bella imagen
En la memoria más y más se graba;
Era preciso terminar la angustia
Que me causaba su conducta extraña,
Y esa noche fatal nos separamos
Sin decirnos siquiera una palabra.
Ya todo concluyó!....¿Quién fué el culpado?
Mi ciego orgullo y su esquivez ingrata:
Ella fingiendo enojo y yo engañado
Nos amamos aún; mas nos separa
El abismo que abrió nuestro amor propio
Y que á salvar ninguno se adelanta.

Al mirar con dolor que cada día Se aumenta entre nosotros la distancia, Cuando acaso llegamos á encontrarnos, Como ninguno la primer palabra Se atreve á pronunciar, al recordarnos Nuestro pasado amor con las miradas, En silencio los dos nos alejamos Llevando el corazón bañado en lágrimas,





¿QUÉ QUIERES?

Á C.....

O'USE arrancar tu imagen de mi pecho Desgarrando á la vez el corazón, Y el alma enamorada, á mi despecho, Tu imagen conservó.

Quise alejarme y en extrañas tierras

Llorar los desengaños de mi amor,

Mas al partir me hallé con tu mirada

Y me faltó valor.

Si es inútil la lucha que sostengo Por ahogar la pasión, Si no puedo olvidarte, vida mía, ¿Qué quieres que haga yo?





DESENGAÑO.

Á Mercedes.

Hoy ya mi triste lira
No canta los amores,
Los sueños de ventura,
Las horas de placer:
En vez de dulces cantos
Sus ayes punzadores,
Al expresar del alma
Los íntimos dolores
Murmuran solamente
Un nombre de mujer.

Hoy ya la fantasía
No vuela como inquieta,
Traviesa mariposa
Que va de flor en flor;
Ni tiene luz la luna
Ni aroma la violeta,
Ni vaga cual vagaba
La mente del poeta
Cantando las divinas
Dulzuras del amor.

Hoy ya cuando la aurora Su rósea luz enciende Trocando en regocijo La nocturnal quietud, La noche aquí en el fondo Del corazón se extiende, Y el sol del nuevo día Llorando me sorprende Mis esperanzas muertas, Tu dura ingratitud.

¿Qué son sin tu cariño El porvenir, la vida,
Las ilusiones todas
Que un tiempo concebí?
Como la flor que vive
Al tallo siempre asida,
El alma enamorada
Á tu cariño unida,
Como la flor, no puede
Vivir fuera de ti.

¡ No sabes tú, Mercedes, Qué horrible es la existencia De aquél que no halla donde La frente reclinar, Del que implorando en vano La celestial clemencia, Encuentra solamente Glacial indiferencia Sin que ninguno venga Sus penas á endulzar!

Tal fué mi vida un tiempo....
Mas quiso al fin la suerte
Dar tregua á los mortales
Tormentos que sufrí,
Y un día cuando ansiaba
Sentir mi cuerpo inerte
Hundirse entre las ondas
Calladas de la muerte,
Tu hermosa y pura imagen
Apareció ante mí.

Consuelo á mis pesares Tus bellos ojos fueron, Tus labios me brindaron De dichas un edén; Y tanto llegué á amarte Que cuando así mintieron Y cuando mil promesas Traidores me fingieron Jamás pensé pudieras Venderme tú también!

Las plantas que marchitan
Los soles del verano,
Recobran con la lluvia
Su plácido verdor;
Las ilusiones, flores
Del corazón humano,
Que los pesares ajan
Con despiadada mano,
También de nuevo viven
Al riego del amor.

Pero ; ay! como las plantas Que faltas de rocío En tórrido verano
Perecen al nacer,
Así marchita el alma
El desengaño impío,
Así también perdióse
El último amor mío
Cuando lo hirió de muerte
Traidora una mujer.

¡Mostrarme cariñosa
La luz de una esperanza,
Rasgar la densa niebla
Que oprime el corazón,
Y luego abandonarme
Con cruda destemplanza,
Nublar la paz que el alma
Á vislumbrar alcanza.....
Hé aquí tu amor, Mercedes,
Hé aquí tu compasión!

¡ Acaso llegue á odiarte....!

Mas hoy que ya te alejas

Del suelo que en un tiempo Felices vió á los dos; Mas hoy que ya son vanas Las amorosas quejas, Al ver que nuestra patria Tal vez por siempre dejas, No tengo más que lágrimas Para decirte adiós!



EN LA PLAYA.

Salud ; oh mar! tu gigantesca mole
Se encrespa y bota al escuchar mi acento,
Como corcel que alegre ha percibido
El eco rudo del clarín guerrero.
Tú y yo nos conocemos: ¡cuántas veces
He venido á confiarte mis recuerdos
Y á vagar al arrullo de tus olas
Por el aéreo palacio de los sueños!
¡Cuántas veces , oh mar, á ti he venido,
Herida el alma por dolor acerbo,
Á sepultar mis silenciosas lágrimas
En lo profundo de tu amargo seno!
No sé que misteriosa simpatía
Me lleva siempre á ti: si bulle inquieto
Mi corazón, parece que adivinas

Las tremendas borrascas de mi pecho, Y rugiendo magnífico te estrellas En la alta roca con furor violento. Si el cielo de la dicha me sonríe, Apaciguando tu vaivén eterno Te tiendes sin rumor sobre la arena, Como el león que el hambre ha satisfecho, Y descansa en la cueva acariciando Con la potente garra á sus hijuelos. Tú has sentido conmigo: mis dolores Encuentran eco fiel en tus lamentos, Y el ritmo de tus olas argentadas Remeda la explosión de mi contento. Por eso te amo, mar, como á un amigo Constante y cuidadoso: quiera el cielo Oue al llegar de mi vida el postrer día, Reposen mis cenizas en tu seno, Ó labren mi sepulcro en estas rocas Lejos del mundo inconsecuente y pérfido, Donde ignorado de los hombres, sea Arrullado por ti mi postrer sueño.



COSTA RICA.

À Emilio Pacheco.

Sobre la enhiesta cima que la nieve Cual sudario glacial siempre domina, El cóndor gigantesco yace inmóvil
Con la mirada en el espacio fija.
El huracán resuena en la montaña,
Hacia el valle el alud se precipita
Arrollando á su paso el roble fuerte,
El modesto sembrado y la alquería;
Las lavas en hirviente catarata
Asuelan la ciudad despavorida;

Del rayo aterrador allá á lo lejos
Baja vibrando la centella lívida;
Y en tanto que la tierra es presa inerme
De batallas, catástrofes y ruinas,
El ave rey, ajena á tantos males,
Posada en la alta cumbre al ciclo mira.
El pensamiento humano es como el cóndor
Que á levantarse más y más aspira,
Y cuando abate el vuelo ya cansado
Sobre la roca solitaria y fría,
En ella afirma con pesar la garra
Volviendo la mirada siempre arriba.

÷ ;

Ah! si pudiera el pensamiento mío Cernerse, como el ave, en el espacio, Dejando las miserias de la tierra Por la paz inefable de lo alto! Si desde allí, feliz ó indiferente En grata soledad me fuera dado TOMO II.

Recordar las heridas de la patria
Sin que á mis ojos asomara el llanto!
Pero no, no es posible: el pensamiento
Jamás de ella se aparta: la amo tanto,
Que sus dolores son también los míos
Y de su suerte pende mi cuidado.
¡Oh patria, madre amada! si algún día
De tu cariño renegando ingrato,
Mordiera como sierpe el mismo pecho
Á cuyo amor y amparo me he criado;
Si atento sólo al beneficio propio
Lo procurara á costa de tu daño,
Que eternamente maldecido sea
Y por tus hijos todos execrado.

El que arruina á su patria solamente Por aumentar su hacienda; el desalmado Que ultraja sin temor las santas leves Cuya guarda y sostén le confïaron, Ese no es digno de su amor, ni puede El nombre merecer de ciudadano.

No aludo á nadie, me refiero á todos: La América Española de mil modos Puede ser én el mundo un paraíso:

Más para eso es preciso Que respetados sus derechos sean; Que al lado de sus jefes tenga asiento La augusta libertad, y todos vean En ellos honradez, ciencia y talento;

Es preciso que el pueblo soberano
No consienta jamás ningún tirano,
Que de sus glorias oscurezca el brillo;
Que el labrador sencillo
Trueque la esteva por la fiera espada
Como el antiguo morador del Tibre,

Cuando un déspota vil con planta osada Intente pisotear el pueblo libre;

Es preciso que sea el patriotismo El lema popular; que el servilismo No halle cabida en los valientes pechos;

Y todos satisfechos, Sintiendo de la paz el dulce beso Trabajen con afán, honradamente, Pues la ley sacrosanta del progreso Escrita con sudor está en la frente.

No es ciega mi esperanza ni quimérica: Esta tierra feliz, llave de América, Tiene seguro porvenir glorioso: Su suelo portentoso Reclinado á la vez en ambos mares,

Ostenta con magnifica belleza

Risueños campos, bosques seculares, Fecundos manantiales de riqueza.

Aquí nunca se sienten los rigores Del invierno aterido; con sus flores Se adorna primavera todo el año;

Aquí consorcio extraño
Forman vecinas en jardin florido
Las plantas parasitas más preciadas,
Con las que siempre en número crecido
Ornaron estas vegas encantadas.

Ricas maderas, frutos exquisitos,
Minas sin fin, tesoros inauditos
Ofrece Costa Rica en sus terrenos.
Pacíficos y buenos,
Sus hijos dan al extranjero abrigo,
Albergue cariñoso en sus hogares;
Mas ; ay de él, si pérfido enemigo
Se atreve á profanar los patrios lares

Entonces cual león que en su guarida Se ve acosado, y al buscar salida No teme á sus contrarios ni los cuenta,

Así en la lid sangrienta El rudo habitador de estas montañas, Llevando por divisa honor y gloria, Puede llenar con sólo sus hazañas El venerable libro de la historia.

Si á tu valor ; oh pueblo que idolatro!

Á menudo faltó vasto teatro

Para llenar el mundo de proczas,

En cambio tus grandezas

Son ya más conocidas; y algún día

Á tu nombre darán eterno brillo.

Con su tea inmortal Santamaría,

Con sus leyes también Mora y Carrillo.

. .

¡Fatal recuerdo á mi memoria viene! La pluma vacilante se detiene Sin atreverse á desgarrar el velo: ¡He visto el puro cielo

De la patria empañarse, y en su historia He mirado con ira y amargura, Al lado de mil páginas de gloria Otras mil de vergüenza y desventura!

He visto....Mas la pluma se resiste Á escribir tanta mengua, y se reviste De justa indignación el alma mía.

Esa época sombría
Que heridas incurables ha dejado,
No ha de ponerse en el olvido oscuro:
El recuerdo infeliz de lo pasado
Servirá de escarmiento en lo futuro,

Valientes cuidadanos! Hoy que alumbra El sol de la verdad, y no os deslumbra Con mentidas promesas un tirano,

Alzad con firme mano Á vuestras leyes inviolable trono, Dad siempre de civismo noble ejemplo, Que sea la virtud vuestro patrono, La escuela y los talleres vuestro templo.

Odiad la adulación torpe y maligna: Que el alma siempre altiva, siempre digna Se consagre á la patria únicamente:

Y con amor ardiente
Por defender sus fueros, vuestra vida
Llevad si es menester al sacrificio:
Entonces podrás ser, patria querida,
De grandeza y virtud bello edificio.



EUROPA.

Levanta Palas en la vieja Europa;
Y el rechinar de su temido carro,
Unido al son de la guerrera trompa,
Infunde espanto en los cobardes pechos:
El soldado que en paz abrumadora
Caía en perezoso enervamiento,
Al escuchar su acento se alboroza,
Y apercibiendo la fulmínea espada
Piensa en la gloria de la lucha próxima;
El mundo conmovido y silencioso,
De incertidumbre lleno ve las tropas
Marchando al campamento; ya distingue

De los ginetes la bruñida cota, Y escucha el choque acompasado y seco Del envainado sable cuando azota El espumoso ijar de los corceles, El estruendo infernal con que rebotan Los repletos furgones, y en pos de ellos, Mostrando al sol las relucientes bocas. Innúmeros cañones que en su marcha Con chirrido estridente el eco asordan. En trajín bullicioso van los trenes, Por todas partes ei tambor redobla, Y trabajando sin cesar la fábrica Destinada á la industria bienhechora. En máquina de guerra convertida Pertrechos y armas incansable acopia, Ya desunciendo la pesada yunta El labrador los campos abandona, Entregando al orín el limpio arado; Á la voz de la patria y de la honra Deja el hogar al fenecer la tarde: En su torno la prole numerosa

Le da el postrer adiós, y mientras gime Transida de pesar la triste esposa, El inocente niño sonriendo Al infantil retozo le provoca, Aumentando el dolor de aquella escena Cuando se cierra la nocturna sombra Como párpado inmenso de los cielos, Y las campanas lentamente doblan Por el día que muere, parte el triste Á cumplir su deber. En esa hora Su anciana madre sollozando reza De hinojos en el templo, y cuando llora Por el hijo que pierde, á un tiempo impreca La insaciable ambición, la saña sórdida De los menguados reves que á los pueblos Por un capricho sin piedad destrozan.

¿ Por qué del fondo de la oscura estepa Surgen cual buitres, en confusa hueste, Innúmeros cosacos que al Danubio Se acercan como nuncios de la muerte?

Tiembla la Europa, atónita escuchando El raudo galopar de sus corceles, Y á sus gritos salvajes azorada Ver las hordas de Atila le parece.

¿Qué intenta el ruso con marcial alarde? ¿Qué busca hacia el ocaso? qué pretende? Á lo lejos, del Bósforo señora, Se divisa Stambul altiva y fuerte;

Y al brillar sus dorados alminares Con el vivo fulgor del sol naciente, Como el cruzado con la Tierra Santa, Sueña con ella el moscovita aleye,

À nadie engaña su codicia hipócrita: Europa férrea valla opuso siempre Á los capciosos zares; mas ahora Olvidando el peligro incautamente,

El germano implacable sólo mira Al legendario Rhin; Austria prudente Con él y con Italia se coliga, Y todas contra Francia ya previenen

Horrible tempestad. Nefando crimen Debe expïar esa nación valiente: Ella fué la primera que anulando El *derecho divino* de los reyes,

Sobre el solio imperial despedazado Lanzó de libertad el grito ardiente; Ella fué la primera que erigiendo Altar á la razón, y con sus leyes Poniendo dique á la opresión injusta, A los pueblos con su égida protege. Su genio prepotente alumbra el mundo,
Mas ese mismo resplandor ofende
La pupila real: la tiranía
Ha menester la sombra: sólo puede
Medrar en la abyección ó la ignorancia,
Y á la luz de la ciencia desparece;
Por eso Francia aislada, aborrecida,
Representa el Progreso; y los satélites
De Europa coligada, la Edad Media
Que se alza contra el siglo diez y nueve.

Cuando altanera el águila del Sena En Marengo, Austerlitz, Friedland y Jena Á Europa conjurada destrozaba,

Y al mundo deslumbraba Con el brillo radiante de su gloria, Al rechazar el enemigo encono Lograba en cada lucha una victoria Y á cada golpe derribaba un trono, Era entonces de Francia el poderío
Inmenso como el mar: del Norte frío
Al África abrasada, y del levante
Al rugidor Atlante
El mundo con temor le obedecía;
Y dócil á las voces imperiales,
El águila las viejas capitales
Con sus alas terrificas cubría.

Hoy, aunque altiva su dolor resiste,
Pliega las alas al recuerdo triste
De Metz y de Sedán: hoy no avasalla
Los campos de batalla
Pasmando al enemigo con su vuelo,
Porque en letárgico estupor sumida
Ve empañado el honor, la patria herida,
Muerta la gloria y cercenado el suelo.

¡Oh reyes que en mortal desconfïanza, Mirándola aprontarse á la venganza Tratáis de provocarla locamente!

Dejad prudentemente

Vuestro cobarde y criminal trabajo:
Aunque el león en sú caverna duerme,
No puede ser del lobo presa inerme.

No perturbéis su sueño. Hablad más bajo.



ADELA.

Leyenda.

Ι.

De la mujer primera que el de Adela;
En su frente castísima rïela
De la virtud el rayo deslumbrante,
Con la albura del cisne cuando amante
En la linfa del lago ledo vuela;
Su sonrisa es el aura tembladora
Que anuncia la venida de la aurora;
Y el velado fulgor de su mirada
Remeda la vislumbre
Que en la silueta de la enhiesta cumbre
Pinta al nacer el alba nacarada.

11.

Completan el caudal de sus hechizos
Los labios de coral, los negros rizos
Que en cascada ondulante se desatan,
Las líneas escultóreas que retratan
De la Venus de Milo la apostura;
Y fuera de la física hermosura
Que sola para el vulgo vale tanto,
Le dan mayor encanto
La inocencia de niña que se asoma
Á sus rasgados ojos, el talento
Y la fácil palabra, en cuyo acento
Aprendió sus arrullos la paloma,

Ш.

Prendóse de ella Jorge al conocerla: El joven estudiante carecía De fortuna y de nombre, y al quererla Con hondo desconsuelo la veía Más lejos de su mano que la perla Que guarda el fondo de la mar sombría. "¡Ella es rica y yo pobre!" tristemente Decía á veces con amarga calma: "¿Cómo pensar en obtener la palma, Ofreciendo á mi amada locamente Por único presente El fuego inextinguible de mi alma?"

IV

Como el enjambre bullidor de abejas Que liban de la flor la miel preciada, Asediaba á la niña con sus quejas La turba juvenil enamorada; Mas no aparece tan sereno el lago En la apacible calma de la tarde Como Adela escuchando el vano alarde De sus mil pretendientes: el halago De las tiernas promesas no tenía Para ella encanto alguno, y parecía, Indiferente al amoroso estrago. Más que el acero y que la nieve fría.

V.

La desdeñada corte murmuraba
Con intención aleve,
Que un secreto cuidado la embargaba
Y que en su pecho, al parecer de nieve,
Una pasión ardiente se ocultaba.
¿Podía de otro modo
Justificarse aquella indiferencia
Con que veía y escuchaba todo?
Hablando así la turba sin conciencia,
Llevada del despecho,
Ponía sin saberlo en evidencia
El misterio inocente de aquel pecho.

VI.

El cielo no formó la criatura
Como labra el artista la escultura
En la piedra sin vida: es otro el sino
De la mujer, de ese angel de la altura
Que endulza con su amor nuestro camino.
Adela amaba, sí: mas era un sueño
La breve historia de su amor risueño:
Á Jorge conoció, y adivinando
Con esa ciencia infusa
Que muestran desde niñas las mujeres,
El culto que el mancebo le rendía,
Sintió en su pecho virginal, confusa,
Nacer ardiente y dulce simpatía.

VII.

Han pasado tres meses. Una tarde Al punto en que hace alarde De su luz más hermosa el sol poniente, Y la sombra cobarde Se tiende por el llano lentamente. Séntados á la orilla de una fuente, Están Adela y Jorge: sus amores Han dejado de ser dulce secreto: El fulgor indiscreto De sus ojos había revelado De la pasión oculta los ardores, Y había á los amantes acercado.

V111.

A sus pies se estrellaba el oleaje Del alterado mar: sobre el follaje Arrancado del bosque por el viento,
Hablábanse los dos con el lenguaje
Inspirado por Dios al sentimiento.
Adela está muy triste: en el semblante
Del joven estudiante
Hay más tristeza aún: los dos rendidos
Al grave peso del dolor, se miran
Con ojos por el llanto humedecidos,
Y á menudo suspiran
Ocultando sus íntimos gemidos.

IX.

"Ya lo ves, alma mía, dijo Jorge: Inútil es que forje
Ilusiones de amor y de ventura:
Es muy distinto el sino
Que Dios nos señaló desde la altura:
Vivir siempre feliz es tu destino,
El mío...desencanto y amargura."
—"¿Y llevas á tal grado el desatino,

Adela interrumpió ya sonrïendo, Que das oídos á la vil malicia De los que andan por ahí diciendo Que tu amor no es amor sino codicia?"

Χ.

"¿Vale más para ti la voz del mundo Que la mía? La ruin maledicencia Como reptil inmundo Se goza en amargarnos la existencia: Despréciala cual yo, como yo olvida La artera sociedad que corrompida Todo lo vende, prostituye ó gasta; Para ser muy feliz á mí me basta Que me ames con pasión toda la vida." Calló la joven con rubor, mas viendo Su exhortación ternísima perdida, De esta manera prosiguió diciendo:

XI.

"Desecha, Jorge mío,
El ciego y persistente desvarío
Que á mis ojos arranca triste lloro;
¡Maldices la pobreza y ansias oro!
Quien tiene como tú grandes talentos,
Hermoso corazón, nobles alientos,
No debe ambicionar otro tesoro.
Si has menester riquezas, las que tengo
Son tuyas nada más, eso es muy claro;
Y no vuelvas jamás con el reparo
De la murmuración, pues te prevengo
Que hacer caso á los necios cuesta caro."

XII.

Jorge escuchó la oferta generosa De la doncella hemnosa Estrechando su mano conmovido, Y lleno al mismo tiempo de tristeza, Porque su orgullo herido Le vedaba aceptar tanta nobleza.

""; Un año nada más, un año pido! Repuso: estoy resuelto Á tomar á mi cargo cierta empresa De segura ganancia y no la suelto: Si al cabo de ese término no he vuelto Es porque he sido de la muerte presa."

XIII.

Á disuadirle de su firme empeño
No fueron ya bastantes
De la niña las súplicas amantes
Ni las ardientes lágrimas. El sueño
Se había disipado en un momento,
Á los rudos embates de la vida,
Como nube perdida
Que de improviso desvanece el viento.

¡Partir era preciso! La esperanza De grato porvenir le sonreía, Y Jorge ya sabía Que con fe y con amor todo se alcanza.

XIV.

Poco después al despuntar la aurora
De un día de verano,
Del Limón alejóse voladora
Une nave gallarda; en el lejano
Confín del horizonte
Perdióse poco á poco, y mientras tanto,
Sobre el pequeño y solitario monte
Que domina la playa, amargo llanto
Vertían dos mujeres:
Una era Adela: la otra, venerable,
La madre inconsolable
Que perdía el más caro de los seres.

XV.

¡Esperar y creer! tal es la vida: ¿Y qué fuera del hombre si perdida La estrella de la fe no le guïara, Y en el mar de la duda sumergida La humanidad entera se encontrara? ¡Esperar y creer! Dulce consuelo Que cual fecundo, bienhechor rocío, Desciende sobre el alma desde el ciclo. ¡Ay del que gime én loco desvarío, Y perdida la grata confianza, Siente en su pecho el lóbrego vacío Que deja al ausentarse la esperanza!

XVI.

Cándida virgen para amar nacida, Ignorante del mundo y sus engaños, Era Adela tan niña á los veinte años Como era en los albores de la vida, Huérfana y sola se encontró en el mundo; Á Jorge la acercó la simpatía, Y al adorarlo con fervor profundo En él su vida y porvenir tenía. Ahora lejos de él constante espera, El término feliz de aquella ausencia, Sin recordar que la fortuna artera Asecha por doquier nuestra existencia.

XVII.

Algún tiempo después, cuando impaciente
Por recibir noticias del ausente,
Lloraba presa de mortal zozobra,
Llega una carta, á cuya vista cobra
La ya perdida calma;
Y al ver pagada su ansiedad con creces,
La besa muchas veces
Aun más que con los labios, con el alma.

Rompió temblando de emoción la nema, Vaciló largo rato, y casi fría Á leerla empezó con ansia extrema. La carta así decía:

XVIII.

"¡Quién pudiera expresar, Adela mía,
El júbilo que siento
Al enviarte siquiera un pensamiento
De los que te consagro noche y día!
En medio de la calma, en el rugido
Que lanza el oceano embravecido,
Tu imagen celestial me ha acompañado
De tal modo, que á veces he creído
Que mi alma contigo se ha quedado
Ó la tuya conmigo se ha venido.
Ni un momento mis votos he olvidado:
Ahora como siempre, solamente
Por tí mi corazón palpita ardiente,

XIX.

He visto en estas tierras mil mujeres Á cual más arrogantes y graciosas:
No tengas celos de ellas: son hermosas
Mas no saben querer como tú quieres.
Mis negocios han ido viento en popa:
En breve dejaré la vieja Europa
Para volver á ti. ¡Soy casi rico!
Que lo digas á todos te suplico

Para que nadie forje Viles calumnias como el otro día. Sueña conmigo siempre, amada mía, Como contigo siempre sueña *Jorge*."

7.7.

Cada tierna palabra, cada letra
De la carta, penetra
En el alma de Adela dulcemente

Como fluido sutil que se derrama
Por sus venas, y ardiente
Acrece de su amor la inmensa llama.
Con alborozo delirante y loco
Á la madre de Jorge corrió al punto,
Y abrazando á la anciana, fiel trasunto
De su candor, leyóle poco á poco
Con infantil descoco
La carta y la respuesta todo junto.

XXI.

"Escucha, suegra mia,"
Rïendo como loca le decía:
 "Hoy mismo le contesto
Que con él no me caso, pues detesto
Á ura madre tan fría é insensible
Que en vez de dar escándalo gozosa,
 Con cachaza increíble
Oye la carta de su nuera hermosa.

—"Y yo, dijo la anciana bondadosa Mostrándole un papel muy arrugado, Le diré que su novia se ha olvidado De que no es ella sola la dichosa."

XXII.

Y en un mismo cariño confundidas,

Con risas y protestas

Concertaron las dos sendas respuestas

De encantadora sencillez henchidas.

Después, arrepentidas.

Creyendo ya que las razones puestas
Carecían de fuego y de ternura,
Pusieron sus cerebros en tortura;
Mas risueñas al cabo comprendieron
Que era inútil cambiar lo que escribieron,
Pues cuando se ama con pasión sincera
La carta más ingenua es la primera.

XXIII.

¿Por qué desde aquel día venturoso,
De su presunto esposo
Á saber no volvió la pobre niña?
En vano es que la riña
La pobre madre con afán piadoso,
Pidiéndole una calma que no tiene;
Ya en el pecho intranquilo no mantiene
La esperanza dulcísima, ni acierta
Siquiera á preguntar ¿por qué no viene?
Pues recelando con fundado espanto
Alguna gran desgracia, queda yerta
Y luego al punto se deshace en llanto.

XXIV.

¡Cuántas veces sentada en el repecho Que conduce á la playa, su albo pecho Abrióse palpitante á la esperanza
Mirando en lontananza
La nave que hacia el puerto iba derecho!
Mas luego con despecho,
Con inmenso dolor reconocía
Que en ella su adorado no venía;
Y ya burlado su febril anhelo,
Por la duda crüel atormentada,
Al lado de la madre resignada
Con dura queja apostrofaba al cielo,

XXV.

De pronto se esparció la infausta nueva
De un espantoso y singular fracaso:
El bergantín "Ocaso,"
Velero y resistente á toda prueba,
Cuatro meses atrás salido había
De Nueva York, con rumbo á nuestros puertos,
Y en él Jorge venía,
Según constaba por informes ciertos.

Tanta demora suponer no cabe; Con él no se avistó navío alguno Ni sus despojos recogió ninguno. ¿Cuál fué su paradero? ¡Dios lo sabe!

XXVI.

¿Cómo pintar el sin igual quebranto De la niña y la anciana desoladas Al escuchar, en lágrimas bañadas,

La noticia fatal? Llenas de espanto Por los decires que en el pueblo oyeron, Dudaron al principio, pero en breve Á la dura evidencia se rindieron

De un periódico aleve Que recogió mil datos minucioso, Y de ellos barruntaba simplemente

Que el buque misterioso Naufragó en alta mar completamente.

XXVII.

¡ Ay! desde entonces como débit hiedra Que al grato arrimo de la encina medra, Y con ella perece destrozada

Por la tormenta airada,
Adela que sin fe languidecía
Privada de su amor, al fin advierte
Con triste complacencia, que su muerte
Muy pronto á la de Jorge seguiría.
Cuando en la vida el mágico palacio
De dulces ilusiones se derrumba,
El alma busca ya, falta de espacio,
La eterna libertad que da la tumba.

XXVIII.

Poco después la inconsolable anciana Cedió al fin á la muerte; También la joven, en edad temprana Herida por la suerte, Dejó la tierra, como el ave ufana
Que al despuntar la aurora tiende el vuelo
Hacia las nubes de encendida grana
Que coloran el cielo.
Hoy guarda un sauz la humilde sepultura
En que yacen las dos; el pueblo entero
Vierte sobre ella con dolor sincero
Justo tributo á tanta desventura.

XXIX.

Han pasado seis meses. Una tarde
A la hora en que hace alarde
De su luz más hermosa el sol poniente,
Y la sombra cobarde
Se tiende por el valle lentamente,
Al Limón arribó gallarda nave
Ligera como el ave
Cuando la fiera tempestad presiente.

Dió fondo en la bahía y al instante Un mancebo saltó gozoso á tierra: Era Jorge ¡oh sorpresa! que anhelante Con su presencia al vecindario aterra.

XXX.

El bergantín "Ocaso,"
Por el ciclón al África impelido,
Fracasó en los escollos: ya perdido,
Navegando en los botes al acaso
Los tripulantes en la costa dieron,
En un paraje agreste y solitario,
Refugio solamente del corsario.
Medio año alli vivieron
Hasta que el cielo, de ellos apiadado,
Permitió que un bajel los divisara
Y al punto se prestara

Y al punto se prestara Para volverlos al hogar amado.

XXXI

Pero ¡ay! á Jorge, la contraria suerte ¿Qué le guardaba en él? Tan sólo muerte. Con mirada febril, mudo y convulso Oyó la corta y dolorosa historia De boca de un vecino, y ya sin pulso Corrió al instante á la mansión mortuoria. Cuando tras él llegaron los amigos, De aquella escena de dolor testigos, Sobre una tumba rígido le hallaron: Volviéronle á la vida poco á poco, Quisieron consolarle, y se quedaron Heridos de estupor. Estaba loco.



GALLEGOS MANUEL ANTONIO.





GALLEGOS

MANUEL ANTONIO.

NACIÓ en esta capital el 8 de junio de 1860. Es hijo del doctor don Nicolás Gallegos y doña Luisa Quesada.

El joven Gallegos hizo sus primeros estudios en el Instituto Universitario y en el Colegio de San Luis de Cartago.

Gaitegos ha radoajado como periodista, lo cual en otras épocas le acarreó molestias, al extremo de haberse visto dos veces en la necesidad de emigrar.

En las recientes elecciones para Presidente de la República, Gallegos trabajó con actividad, afiliado al partido Constitucional. Las poesías de Gallegos revelan el sentimiento del verdadero poeta; á continuación tenemos el gusto de insertar algunas de ellas.



A MI PADRE,

el doctor don Nicolás Gallegos.

¡ Yo te amo aún!

Yo te amo aún...! Tu voz no se ha extinguido. Dulce, tierna, vibrante y tan serena Cual en tiempo mejor llegó á mi oído, Apagando del mundo el vano ruido, Tal viene á consolar mi dura pena.

¡Ah! siempre de tus ojos desprendida La luz de tu dulcísima mirada Me brinda, al transitar en esta vida, Esperanza en la dicha prometida Que gozas en la célica morada. Eres tú quien mis pasos vacilantes Sostienes con tu mano cariñosa, Solícita, y en todos los instantes Que la veo, paréceme cual antes Al cielo señalando majestuosa.

Mas ¿qué me queda de él ¡fortuna varia! Bajo ese cielo espléndido y azul....? Solamente esa tumba solitaria, Por consuelo tan sólo esta plegaria:

¡ Yo te amo ain . . . !



A LA LIBERTAD.

Poesía dedicada

Á LAS

Legaciones Centroamericanas.

Tus notas lanza al viento,
Resonando al impulso de mi mano
Triunfales himnos tus doradas cuerdas
Mi voz acompañando,
Que el son de libertad irá cantando!

¡Oh, ven, inspiración!...enciende en mi alma Divino sentimiento, Genial destreza, agitación sublime! Arrebatad mi corazón ardiente Y dadme como al Dante Ideal hermoso y concepción gigante!

¡Libertad! ¡Libertad! Mágico nombre, Música dulce y suave, Que tratan de imitar los ruiseñores, Que en el aire pronuncian sin quererlo Las alas de paloma Al traspasar de un vuelo la alta loma.

Deidad encantadora, te contemplo Siempre inmortal y ardiente, Circundada tu ingénita belloza De irresistible luz fascinadora; Cual reina entre querubes Sentada en un dosel de blancas nubes.

¿Qué corazón al verte no palpita En tu luz extasiado? No se encuentran más nítidos reflejos En el trono argentado de la luna, Ni el más bello celaje Puede eclipsar tu espléndido ropaje.

¡Libertad! En tu trono cuán hermosa La niñez te contempla; En verte se deleita y se enamora; Dibújase en sus labios la sonrisa; Absorta en tu belleza Levanta al cielo libre la cabeza.

La ardiente juventud en sacra llama Enciende sus pendones, Que de su patria son gloriosa enseña: Con la mano en el puño de la espada Y el alma enardecida, Daría, Libertad, por ti la vida.

La cansada vejez, ya sin aliento Y á la tumba cercana, Tan sólo al escuchar tu nombre excelso Hervir la sangie siente entre sus venas; Para ti vivir quiere: Sin tus halagos...; ay! morir prefiere.

Oh sol de libertad! tu augusto carro Recorre la ancha tierra.
¡Á cuántos les costó muerte temprana Defender su derecho y patrio suelo! Tú viste sus despojos
Y la última mirada de sus ojos.

Eres tú quien despiertas en el alma Heroico sentimiento: Tú quien das en los campos de batalla Valor al corazón, pujanza al brazo Del héroe que riente Te saluda al morir como un valiente!

Tú eres la esperanza del que triste Con bárbara cadena Entre el oscuro calabozo gime: Le das valor, resignación, consuelo; Visítasle en sus sueños, De su vida halagando los ensueños.

Eres tú la riqueza, el gran tesoro Del que libre transita Del jardín de la vida entre las flores, Tal vez sin conocerte y sin amarte En insensato olvido.... Pues no se estima el bien sino perdido.

Única luz, consoladora amiga, Tú eres del proscrito. ¡Oh libertad! al sólo oír tu nombre Recuerda con amor su cara patria, Conmuévese, delira, Levanta el pecho y con afán suspira.

Solaz de que disfruta aun el mendigo Que libre por doquiera Vaga implorando el pan de cada día: Siempre fiel, compañera inseparable Mientras llega la muerte.... ¡Único bien que dióle impía suerte!

Libertad, ¡Libertad! Tu nombre invocan, Augusto, sacrosanto, Tal vez los que tiranos en el mundo Oprimen á los pueblos desvalidos; ¡Ay! de ti blasfemando Y á tantos pechos míseros burlando.

Mas yo te invoco con serena frente, Libertad soberana: Ampara de mi patria con tu escudo La gloriosa bandera que allá en Rivas, Castillo y Santa Rosa Vióse ondear flamante y victoriosa.

¡Libertad bienhechora! oye mi canto, Protégeme en la vida: ¡Ah! jamás á mis ojos se oscurezca Tu luz encantadora, irresistible: Y goce siempre en calma, ¡Fruto de libertad! la paz del alma.



, A UNA HUERFANA

en su cumpleaños.

Hoy de tu amante la enlutada lira
Triste suspira con doliente son:
Saludarte no puede en el cumpleaños
De tus quince años,
Sino con melancólica canción.

El único hombre que te amó en el mundo Con un amor ajeno al interés, Que vió el primero tu primer sonrisa, Ay! cuán aprisa Dejó este suelo....para no volver!

¿Por qué le arrebataste, infausta suerte, Ingrata muerte, al padre de su amor? ¡Pobre huérfana! allá sólo en el cielo Está el consuelo Que puede mitigar tu gran dolor!

Lágrima triste, silenciosa y pura Que la amargura hizo brotar crüel, Oscila en tus finísimas pestañas Y en llanto bañas De tus mejillas la rosada tez:

Cual bella flor en que el perfume anida Al ser mecida por el aquilón, Baja su cáliz de color de cielo Y cae al suelo La gota del rocío que allí guardó.

De dolor un suspiro entrecortado
Tu destrozado pecho exhala aún!
Tiemblo al saberlo, de dolor, y siento
Que el sentimiento
Es hoy la inspiración de mi laúd.

Como en la noche al susurrar la brisa Que se desliza por entre un ciprés, Se oye una nota cuyo triste acento Es un lamento Que convida á llorar allí junto á él!

¡Botón de flor temprana y delicada, Con perfumada esencia de virtud! Rocío es ese llanto con que mojas Las frescas hojas De la flor de tu hermosa juventud.

Aunque á tu rostro dé mayor encanto
Tu tierno llanto ; oh huérfana! el dolor
Me hiere cruel el alma...que ese lloro
Es el tesoro
En la vida más caro al corazón.

Por eso te saluda en el cumpleaños De tus quince años triste mi canción: Hirióme á mí también la infausta suerte; La ingrata muerte, Que era mi amigo el padre de tu amor!











HINE DAVID.

E 1. 23 de octubre de 1858 vió la primera luz en esta capital el joven David Hine, hijo del doctor Mr. Marquis L. Hine, ciudadane americano, y de doña Mercedes Ramírez, costarricense.

Hine hizo sus primeros estudios en Nueva York, donde permaneció en un colegio desde 1870 hasta 1873; y los continuó en San Ramón, bajo la inteligente dirección del ilustrado don Julián Volio.

Huérfano, desprovisto de fortuna, sin felicidad en sus empresas, Hine ha afrontado con ánimo varonil y sereno las contrariedades de la vida, y se ha esforzado en proveer no sólo á sus propias necesidades, sino también á las de su familia, Por las circunstancias insinuadas, Hine no pudo proseguir la carrera literaria que había emprendido, y se ha dedicado al trabajo, ora como empresario de obras materiales, ora como profesor en establecimientos nacionales.

Todos los que han tratado á Hine han podido conocer su fina educación, la delicadeza de sus sentimientos, la generosidad de su alma.

Las poesías de Hine nos parecen muy simpáticas; tiene facilidad para versificar, cierta novedad en la forma, y arranques de verdadero poeta. Esperamos que Hine, con tan buenos dotes, siga cultivando la sublime poesía: ella le dulcincará los contratiempos de la vida, y más tarde puede llevarle al templo de la inmortalidad.





DESEO.

Oussiera ser una fragante rosa
Nacida en tu ventana:
Perfumar el ambiente que respiras
Al despertar del sueño en la mañana;
Y tronchada más tarde de mi tallo,
En lánguido desmayo
Ostentar mis colores, reclinada
En tu purpúreo seno,
Y oyendo, allí, tu corazón latir,
Al fuego abrasador de tu mirada
Deshojarme y morir....!



DEL INGLÉS.

H cuántas veces una aguda flecha Arrojada al azar, Á clavarse en un punto va derecha Que el arquero jamás pensó tocar!

Y ; cuántas otras la frase más ligera Llega hasta el corazón, Llevándole la dicha que no espera, Ó alguna nueva, amarga decepción!



SENSITIVA.

- Oye, niña, si mis ojos

 No se están fijando en ti.
- —Y qué es lo que observas, pues, Con tan ardoroso anhelo?
- -Estoy contemplando el cielo, De tus ojos al través.
- -¡ Ves el cielo!...con razón....
- —Y tú dí, ¿por qué suspiras?
- —Es que cuando al cielo miras Me palpita el corazón!





EL LUCERO.

RECUERDAS, por ventura, hermosa mia,
Aquella noche silenciosa y bella
En que el fulgor de una apacible estrella
Hacia los dos tranquilo descendía?

¡ Cuántas veces después los nubarrones Eclipsaron su brillo de repente! Aunque ella luce siempre refulgente Allá en la soledad de sus regiones!

Así también de nuestro amor, bien mío, Brilla el lucero en la borrasca y calma; Pues fija está tu imagen en mi alma Como la estrella en el azul vacío.



A ENRIQUETA ORS

en su beneficio.

Voy, señora, á interrumpir
Con estas palabras mías
La corriente de armonías
Que hacen el aire gemir.
Yo quisiera
Que mi lira confundiera
Sus notas con tus canciones
En iguales vibraciones;
Pero en alas de tu acento
Mis pobres versos irán
Como hojas secas que van
Arrastradas por el viento.

Una sociedad que adora Como tú adoras el arte, Ha querido coronarte Çon este laurel, señora.

Yo, gozoso,
He aceptado el cargo honroso
De ponerlo hoy en tus sienes,
En donde ya tantos tienes,
Que el más brillante laurel
En tu frente colocado,
Como un honor no es preciado,
Pues que el honor es para él,

Quien tiene vida y calor Y oye tu voz de sirena, Siente que el alma se llena Con impresiones de amor.

Tu mirada
Siempre suave, enamorada,
Es como fresco rocío
En las mañanas de estío:

Y esta noche en realidad, Eres astro luminoso, Arco iris esplendoroso Que brilla en "La Tempestad."

Cuando abandones el cielo

De esta tierra americana;

Cuando te encuentres mañana

De vuelta en el patrio suelo;

Y orgullosa

Ostentes tu frente hermosa

Que ha coronado la gloria,

Vuelve con tierna mirada

Á Costa Rica la vista:

Que ella siempre ha de tener

Afecto por la mujer,

Admiración por la artista.....

Sé que sembrado de flores Está siempre tu camino, Y que espléndido el destino Te prodiga sus favores: Que en tu frente Brilla el genio refulgente; Y que agregarte esta flor, Inodora y sin color, Que te brinda el sentimiento, Lo mismo es que regalar Una perla al ancho mar Una estrella al firmamento!



JOVEL PEDRO.





JOVEL PEDRO.

La muerte tronchó en flor una de las más bellas esperanzas de la literatura costarricense. Nos referimos al poeta cuyo nombre encabeza estas líneas.

Pedro Jovel nació en esta capital el año 1851, y murió en Panamá en agosto de 1877. En la Universidad de Santo Tomás estudió humanidades y recibió el grado de Bachiller en filosofía, después de haber obtenido en los exámenes previos la calificación de sobresa-liente.

Jovel fué profesor de enseñanza primaria durante ocho años, puesto que ganó por oposición, y á consecuencia de ello recibió del Gobierno el honroso título de maestro, Las poesías de Pedro Jovel están impregnadas de sentimiento y de ternura. Es muy interesante la composición titulada Adiós, en la cual el poeta, en tierra extraña, hace reminiscencias de su querida patria. Es muy bella la poesía á Clara en su cumpleaños.

Todo lo que nos ha quedado de Jovel, gracias á la tierna solicitud de uno de sus amigos, demuestra hasta donde pudo haber llegado nuestro joven bardo, si su destino ingrato y la temprana muerte no hubieran cortado el vuelo á su fantasía esplendorosa, y á las espansiones de su alma nobilísima.

Para nosotros es muy grato consagrar este homenaje á Pedro Jovel, é insertar en seguida sus principales composiciones poéticas.





IMPROVISACION.

M E ausento ya!-- La voz de mi destino
—"Anda, me dice, sin parar jamás;
Nunca tendrás descanso en tu camino,
Nunca un alivio, nunca encontrarás."

Me ausento ya!—Mi corazón herido, Que en otro tiempo alegre palpitó, Hoy sólo exhala un fúnebre gemido..... Que ya mi dicha para siempre huyó!

Me ausento ya!—No guarde tu memoria Otro recuerdo de tu amigo ya, Que el de la triste y dolorida historia Que el alma suya torturando va.

Me ausento ya!-Del férvido oceano Las turbias ondas pronto cruzaré, Y allí en la nave con mi vista en vano Á mis amigos, triste, buscaré.

Me ausento ya!-Si el patrio suelo un día Vuelves libre v feliz á contemplar, Busca la tumba de la madre mía, Y allí por su hijo llega tú á llorar.

Me ausento ya!-Despedazado el pecho Por mi terrible, mi mortal dolor; Nunca, jamás, bajo el paterno techo Tranquilo latirá mi corazón.

Me ausento ya!—Y en climas extranjeros En vano buscaré la dulce paz, En vano días dulces, placenteros Y delirios de amor..... Me ausento ya!



ROMANCE.

À la Luna.

SALUD, astro de la noche Que grata paz y sosiego Viertes allá suspendido En el azul de los cielos!
¡Cuán hermoso resplandeces Con tu brillante cortejo De ligeras nubecillas, De rutilantes luceros!
Cuando tímido rasgando Vas de las sombias el velo, Todos buscamos ansiosos Tus plateados reflejos.

Los amantes te apellidan Su único fiel compañero: Ellos sus penas te cuentan Y te dicen sus ensueños; En las míseras cabañas Vas derramando el contento. Y el desgraciado en ti busca De sus penas el consuelo: Al perdido caminante Le haces hallar el sendero, Que en medio de las tinieblas Buscara con paso incierto; Tú, al animoso marino. En mar de peligros lleno, Cuando tal vez ya desmaya, Muestras el seguro puerto; Tú al que perdió la esperanza Y sólo guarda recuerdos, Y hórridos tormentos sufre Oue despedazan su pecho. Prestas suave lenitivo Á sus pesares acerbos,

Y en dulce melancolía Transforma su sentimiento: Todos ; oh Luna! al mirarte, Que se alejan van sintiendo De los amargos pesares Y los goces turbulentos. Por eso yo, siendo niño, Lleno de inocente anhelo, Todo mi placer cifraba En contemplarte en silencio; Y la razón ignorando De tan extraño deseo, Cada vez que te veía Gozaba un deleite inmenso; Y hoy que, triste y abatido. Me hallo de mi patria lejos Ha reanimado mi alma Tu melancólico aspecto. ¡Cuánto gozo al verte ahora Oue el mundo duerme en silencio, Cruzar límpida y serena Por el ancho firmamento!

Allá en medio de las tumbas, Pálida Luna ¡qué bellos, Qué llenos de dulce encanto Serán tus rayos serenos!

Mas ya miro que te ocultas:
Ya tus rayos macilentos
Apenas se ven lucir
Allá tras de los oteros.
¡Ojalá, Luna querida,
Que siempre suave beleño
Viertas sobre los pesares
Que han desgarrado mi pecho!
Y que cuando aproximarse
Vea mi postrer momento,
Por siempre cierre mis ojos
De tu luz á los reflejos!



A CLARA.

En su cumpleaños.

Hoy en tu vida luce Un nuevo día De paz y de esperanza Y de alegría: Nada en tu alma Viene á turbar ¡oh niña! La dulce calma.

Cual blanco cisne nadas

En las espumas

De un mar sin tempestades,

Sin negras brumas;

Mar de bonanza Bañado por el iris De la esperanza.

Feliz como bella eres,
Sin par criatura
Y todos, todos gozan
Con tu ventura;
Pues que al mirarte
No puede nadie, niña,
Sino adorarte.

Hay en tu dulce acento
Y en tu mirada
Un no sé qué que deja
Mi alma extasiada,
Y es la inocencia
El aroma divino
De tu existencia.

Por eso hoy que con goce

Tan sin igual

Celebran tus amigos

Tu dia natal,

Yo en este canto Me recreo en tu dicha, Pues ; te amo tanto!

Flor que adornó solícita
La Providencia
Con el suave perfume
De la inocencia;
Flor hechicera,
Que para ti sea eterna
La primavera!

Y si algún día sabes

Mi desconsuelo

Por mí tus puros ruegos

Eleva al cielo;
¡Pídele calma

Para aquel que te adora

Con toda su alma!

Que cuando á Dios elevan Las almas puras, Fervientes oraciones Por sus criaturas,



Å ELISA.

E RA yo un niño entonces....y mi vida Cual delicioso ensueño resbalaba, Y en éxtasis divino embehecida, Dicha y amor el alma respiraba!

Fué en esa edad feliz!....Tú, bella y pura, Me brindabas amor, Y henchidos de esperanza y de ventura Vivíamos los dos.

¡ Qué plácidos pasaron los instantes De ese tiempo feliz! Jamás pensamos Que se llegara un día, Pasada la ilusión y la alegría, En que mirando su perdido encanto Vertiera el alma doloroso llanto! ¿Te acuerdas? Fué una noche; Todo en calma yacía, Y todo en torno nuestro respiraba Dulce melancolía.

La luna con sus pálidos fulgores Esa escena tan bella iluminaba, Y á lo lejos el aura modulaba Su queja misteriosa entre las flores.

Ebrio yo de pasión al contemplarte, "Ercs mi Dios, mi hermana, mi adorada" Con balbuciente labio te decía, Y en medio del silencio, un eco blando Mis tímidas palabras repetía.

Tú en tierna cfusión me prometías
No olvidarme jamás. Tu nívea frente
En mi ardoroso seno reclinabas
Y mi mano estrechabas
Con amoroso, indescriptible afán.....

.....

¡Noche feliz, serena, deliciosa Que jamás en mi vida olvidaré; Yo su memoria plácida y gloriosa Conmigo hasta la tumba llevaré!

Es muy triste ¿verdad, mi bella Elisa? Ver cual las horas del placer huyeron, Cómo las esperanzas que trajeron El viento arrebató!

Nada hay más doloroso
Que ese recuerdo de ventura y gloria
Que queda al corazón,
Cántico suave, vago y misterioso
Que trae á la memoria
Aquel tiempo feliz que ya pasó!

Por eso, allá en la tarde Cuando el sol al ocaso ha descendido, Y apenas se percibe de la brisa El sollozante y lánguido gemido, Yo siento un no sé qué dentro mi pecho Que bulle silencioso, Un no sé qué muy triste y doloroso Que hace correr mi llanto, Y por eso, mi Elisa ¡sufro tánto!

En la noche serena,
Cuando vaga la luna por el cielo,
Y mil nubes la cercan
Que semejan más bien plateado velo,
Parece que te miro
Aérea y vaporosa
Cruzar ante mi vista presurosa;

Ebrio de amor suspiro Y corro entre mis brazos á estrecharte; Mas ay! es ilusión; es un delirio De mi calenturienta fantasía. ¿No es verdad que es horrible este martirio? Responde ¿no es verdad, Elisa mía?

¿Por qué de mi existencia En la alborada plácida y serena Cuando despierta el corazón al mundo Y aspira del placer la grata esencia, Por qué te encontraría y tan profundo Mi amor te consagré?

Yo no lo sé, pero sentí al perderte Un dolor tan intenso! y sufro tanto Al recordarte mi adorada Elisa, Que de mis ojos abundoso llanto Quemando mis mejillas se desliza.

Ven!...y otra vez unidos Recordemos, Elisa, aquellos días Que, huyendo, se llevaron Ilusiones, placeres y alegrías.

Ven!....y en tu ebúrneo seno Recline yo mis ardorosas sienes, Y sueñe cual entonces, en tus brazos Pompas, laureles, cánticos y edenes.





EL DESTINO.

Dedicado á la señorita Mariana Madriz.

Al despertar de la cuna Se durmió en el ataud.

M ADRE, suenan las campanas.
—Tocan á muerto, hijo mío,
Y al hombre loco le anuncia
Ese fúnebre tañido
Que son contadas sus horas
Y su destino está fijo.
—Díme, ¿sabes, madre mía,
Cuál será nuestro destino?

¿Cual pintada mariposa Que vuela de lirio en lirio, Será vivir entre goces Sin exhalar un suspiro? ; Seremos como esas hojas Que en alas del torbellino Van cruzando por los aires Sin rumbo....? Yo desvarío: Díme, díme, madre mía ¿Cuál será nuestro destino? -Tú no conoces el mundo: Aun eras ayer muy niño, Y para tu alma inocente La vida era un paraíso; Hoy ya te acosa la duda; Ya de ese sueño divino Comienzas á despertar, Y al verlo desvanecido, ¿Qué es el destino? preguntas.... Óyeme pues, hijo mío: Tú vives feliz ahora,

Y mi maternal cariño Es para ti como el ala Del alegre pajarillo Para los tiernos polluelos Oue reposan en su nido. No han todavía agitado Tu tierno corazoncito Las turbulentas pasiones: Estás alegre y tranquilo. Mas así como el polluelo Pronto abandona su nido Para buscarse el sustento Y allá en los campos perdido Halla mil frutas amargas, También así, hijo querido, Cuando lejos de mi lado Vayas por el mundo impío Buscando con que llenar Tu corazón intranquilo, Vendràn los negros pesares A agitar tu alegre espíritu. ¿No has visto como se aleja

Por suave brisa impelido, Del mar rizando las olas El placentero barquillo? ¿Cuál será su paradero? ¿Do acabará su camino? Tal vez lejos de las costas, Por la tempestad batido Con el fiero mar luchando Sin encontrar un abrigo, Se estrellará entre las rocas En la inmensidad perdido. Tú avanzas hov en la vida Todavía embebecido De amor y felicidad En placenteros delirios; Tal vez oirás ; ay! muy pronto Del huracán el silbido: Y en ese mar tempestuoso, Agonizante y sin tino, El ideal de tu esperanza Mirarás desvanecido. Entonces sobre tu pecho

Sin afecciones, vacío, Se doblará tu cabeza Con espantoso delirio; Y con la duda luchando Doliente y desfallecido, Volarán las ilusiones Que acaricias ; pobre niño! Como las ligeras velas Del intrépido barquillo Que el huracán desbarata En medio del mar bravio: Y preguntarás como ahora Cuál será nuestro destino Al mirar tu corazón Presa del dolor sombrío: Que es muy triste de la vida El misterioso camino, Y por él cruzando vamos Con el ánimo abatido. Cual cruza por el desierto El cansado peregrino; Pero al fin llega el momento

En que del mundo salimos, Y mas allá de la tumba Un cielo existe tranquilo. Allí es paz v dicha todo Y todo es goce infinito; Allí no hay tiempo...allí el justo Contempla á Dios embebido En tan dulce arrobamiento. En un deleite tan místico. -Díme, madre, ¿adónde van Los que murieron aun niños? -¿Adónde van me preguntas? Al cielo van, hijo mío: -Madre, yo quiero morir; Quiero huír del mundo impío; Quiero llegar pronto al cielo; Contemplar á Dios ansío..... —Ah! pobre niño!—No sabes Que de la vida el camino Tal vez te será tan largo Como es de triste y sombrío; Y aunque al pensar en el cielo

Lance tu pecho un suspiro,
No podrás ; ay! en tu empeño
Poner fin á tu delirio.
¡Feliz tú si te durmieras
Con sueño dulce y tranquilo
En el seno de la muerte!
El fragante botoncillo
Que antes de abrirse, en la rama
Vemos doblarse marchito
Pasa con todo su aroma
Cual pasarás tú, ángel mío.

Y escuchando las respuestas De sus preguntas, el niño Quedóse desde ese instante Cabisbajo y pensativo.

Desde entonces en silencio Tristemente suspiraba Cuando el cielo contemplaba Con su azul inmensidad.

Como el pájaro en su jaula Queria en su infantil anhelo, Tender osado su vuelo Á la mansión celestial.

Nada, nada disipaba Su negra melancolía, Y lloraba noche y día Pensando sólo en morir.

Ángel de nostalgia enfermo Al cielo volver ansiaba, Pues con tristeza miraba Que sólo hay penas aquí.

Al fin cumplió su deseo, Y su madre una mañana, Al ir á besarlo ufana, Ya sin vida le encontró. ¡Niño feliz!—Ya sabiendo Cuál es del hombre la suerte, En los brazos de la muerte Para siempre se durmió.





|ADIOS

CONSUELO de mi existencia,
Alivio de mis pesares,
Tú, numen de mis cantares,
Ídolo del corazón;
Escúchame con ternura,
Escucha este triste canto,
En el cual bañado en llanto,
Temblando te digo ¡adiós!

Óyeme: allá en otras playas, Bajo un cielo esplendoroso Hay un edén venturoso En donde mora el placer; Donde las flores son bellas, Las praderas deliciosas, Las montañas majestuosas, Bellísima la mujer.

Bajo aquel cielo bendito Mecióse alegre mi cuna, Me acarició la fortuna Y no conocí el pesar; Hasta que rudo tirano Con mano férrea é impía, Arrojóme de él un día Á extraño clima á vagar.

Después, alción solitario Perdido en extraños mares, No encontraba á mis pesares Lenitivo el corazón; Ave de lejanos bosques, Lloraba mi triste nido, Mi dulce encanto perdido, Mi vivificante sol. Peregrino sin ventura
En un desierto abrasado,
Lleno de sed, fatigado,
Descanso en vano busqué;
Mas tú me diste, ángel mío,
Consuelo, descanso y calma,
Derramando en mi pobre alma
Un inefable placer.

Por eso en horrible lucha Hoy mi corazón se agita, Que aquella tierra bendita Me vuelve amante á llamar. ¡Y dejarte, ángel divino! ¡Tú eres mi sola esperanza! ¡Sin ti en la vida no alcanza, Nada mi alma á consolar!

Mas...es preciso...lo manda Imperioso el cruel destino, Y aunque te amo, ángel divino, Amo igual á otra mujer, Á una mujer que me adora Con indecible ternura, Á un ángel de bondad, pura Cual no hay en el mundo un ser.

Hay sentimientos que llenan
Toda la vida del hombre,
Sentimientos cuyo nombre
Tan sólo en el cielo está;
Y ese amor santo y sublime
Por quien mi pecho suspira......
Sólo una madre lo inspira,
Sólo á ella puedo así amar.

¡ Adiós! mi madre me llama Con su cariñoso acento, Y aunque muerta el alma siento, Á sus brazos volaré. ¡ Adiós! nunca mi memoria De tu memoria se aparte; Yo nunca dejo de amarte, Yo nunca te olvidaré. ¡Adiós, serafín querido! Quiera Dios que nuestros lazos Nunca acaben, y á tus brazos Vuelva á gozar del amor. Escucha, pues, con ternura, Escucha este triste canto, En el cual bañado en llanto, Temblando te digo ¡adiós!





CONSULTA.

A MIGO, por Cristo, sáqueme
De estas dudas en que ahogándome
Voy hace tiempo sintiéndome
Con infernal ansiedad.

¿Juliano el llamado Apóstata, Cuando mandaba en América En tiempo del Papa Empédocles, Fué el que nos dió libertad?

Esto muchos asegúranlo Y aun dicen que fiesta báquica Todos los dioses olímpicos Tuvieron en *Manimbó*, Que en ese día la Verónica Su suerte unió á la de Sócrates, Y que su cuñado Wáshington Con Cicerón se batió.

Que por ese grave escándalo Digno de los tiempos bárbaros, Lleno de despecho Diógenes Dijo: "no hay hombres de bien."

Desde Voltaire, aquel cándido Que defendió los católicos En la célebre polémica Que obra de Tarquino fué,

Hasta Maquiavelo, el último De sentimientos benévolos Que enseñó á César la química En la culta Bogotá;

Todos, todos fueron víctimas De los verdugos tiránicos Que sólo angustias sin término Desean á la humanidad. En esto dicen que Sócrates Acercóse tambaleándose Por efectos alcohólicos, Y de tal modo le habló,

Que Baco, obispo católico, Lloró la muerte de Céspedes Que en la encantadora Nápoles Tantos años gobernó,

Y la emperatriz de México, Del brazo del mismo Sófocles Acercóse suplicándoles Que empezasen á bailar;

Que estaba lista la música Y la gente impacientísima, Y no tardaría Santa Úrsula Con el sultán en llegar;

Y Pío Nono animadísimo Con estas razones sólidas, Una polca rapidísima Con Juana de Arco bailó; Y San Pedro, aunque malísimo De una indigestión muy crónica, Con la española Semíramis Ejecutó un rigodón.

Dió fin á esta fiesta espléndida Un dúo por demás lindísimo, Que en el idioma semítico Cantó Emilio Castelar,

Acompañándole un músico Que Juan Guttenberg llamábase, Y una cantatriz muy célebre, Que tenía por nombre Agar.

Y al día siguiente reuniéronse Y en regocijos espléndidos Grandes bases acordáronse De nuestra legislación;

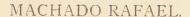
Y resolvieron unánimes, Á petición de Calígula, Siendo su padre Dioscórides Y su abuelo un sacristán. Todo este enredo diabólico Un día de tantos contáronme Y lo hicieron con tal énfasis Que yo no llegué á dudar.

He hojeado después un fárrago De libros todos verídicos, Buscando algún dato histórico Que venga esto á iluminar.

Y en vano; así, no encontrándolo, Á Ud., amigo, diríjome, Y con el alma suplícole Me dé su ayuda por Dios,

Algunos datos buscándome En sus archivos recónditos, Siendo en esto bien explícito Cuando me dé su opinión.







MACHADO RAFAEL

Hé aquí el nombre de un esclarecido poeta centroamericano.

Nació en Guatemala y hace cerca de veinte años que fijó definitivamente su residencia entre nosotros: aquí han nacido sus hijos, aquí tiene su hogar; y si hay para los hombres tierra querida dentro de cuyos lindes están los afectos del alma, Costa Rica es la patria de Machado.

Por tal motivo lo colocamos en esta galería de poetas costarricenses. Á lo más habrá egoísmo de nuestra parte al apropiárnoslo, pero estamos seguros de que el vate no lo llevará á mal.

El doctor don Rafael Machado es un jurisconsulto distinguido, orador de fácil palabra, erudito profesor, y periodista fecundo y oportuno: posee una esmerada educación, y su trato revela al hombre de buena sociedad, al caballero culto. Si le tratáis de cerca, descubriréis pronto la ingenuidad de su alma.

Amarguras íntimas, más que los años que cuenta de edad, han cubierto su cabeza con la nieve de la vida.

Tiene su espíritu vigoroso y el cuerpo ágil: cazador de sangre, recorre grandes distancias á pie y son pocos los que pueden seguirle en sus excursiones á través de las selvas.

Nuestro poeta ha prestado servicios valiosos en altos puestos públicos: ha sido Ministro de Estado y Plenipotenciario. Fué también Catedrático de Derecho Romano y Penal y de Literatura Española en la Universidad de Santo Tomás, y ha desempeñado otros varios cargos.

Los versos de Machado contienen bellezas de mérito inestimable. Canta con naturalidad sus impresiones y en sus poesias podéis leer la historia de su alma tierna y soñadora, Por eso ha dicho:

El desencanto de la vida toco, La duda de mi mente se apodera, Ya no tengo una lágrima siquiera Que turbia ruede al meditar en ti.

Se nota en los versos de Machado profunda melancolía, en que parece empapado su espíritu: no tienen el roedor descreimiento de Heine ni la amargura insólita de Bécquer: hay en ellos un fondo de filosofía que no se aparta de sus tradiciones, de sus creencias, del culto que tributa á su amor puro, intenso y desgraciado.

Por lo demás, sus composiciones, sencillas en la forma, revelan bien los sentimientos del poeta.

El doctor Machado publicó un tomo de sus poesías, y de allí tomamos al acaso las que van á continuación.







UN RECUERDO Y UNA PLEGARIA.

Á José Manuel Lleras.

Azucena gentil que tan temprano Apagaste los nítidos colores,
Tu vida fué la vida de las flores,
El aura perfumar, morir después.
Ayer la reina del festín tú eras,
Tu hermosura simpática brillaba,
Y la sombría eternidad estaba
Proyectando su abismo ante tus pies.

La mano descarnada de la muerte, Tu frente hirió, tu frente de alabastro; De malogrado amor dejaste un rastro, Sólo el recuerdo me quedó de ti. Y en ángel convertida, ya tu vuelo
La inmensidad del firmamento hiende....
¡Afortunado espíritu! desciende,
Desciende á veces á velar por mí.

Tú sola comprendías el misterio
Que para siempre nuestras almas liga;
Tú bien sabías, desgraciada amiga,
Los lazos que nos unen cuáles son.
¡Recuerdos de dolor!¡Féretro ornado
De rosas tristes y coronas blancas!
Ah! todavía, todavía me arrancas
Un tristísimo ¡ay! del corazón.

¿Por qué me amaste candorosa y pura Y de tu amor la llama bendecida, Fué más fugaz y breve que tu vida Y antes que ella tan pronto se apagó? El ángel de tu muerte hubiera sido El ángel tutelar de mi agonía, Y tu alma acompañada de la mía, Volado hubiera al ser que las creó.

Una pálida tarde de noviembre Lei tu nombre en caractères de oro; Tembló mi corazón, y en triste lloro El mármol con mis lágrimas regué. Mis recuerdos de fuego se agitaban, En tu sepülcró recline mi frente, Alzó mi alma una oración doliente, Y en mi profunda soledad lloré.

Tú fuiste como alondra enamorada,
Pronta á tender el atrevido vuelo,
Hasta perderte en el azul del cielo
Del Sol eterno caminando en pos.
Yo que prosigo el mundanal camino,
Cargado de recuerdos, infelice,
Oigo tu voz al lejos que me dice:
Adiós por siempre, para siempre adiós!

No es más que una urna el corazón humano, Quimera son los bienes á que aspira, Sustenta el mundo inmensurable pira Y todo llega á consumirse allí. La cruz de los dolores sus dos brazos
De un polo al otro dominante extiende....
¡Afortunado espíritu! desciende,
Desciende á veces á velar por mí.

Un mundo de placer y de ilusiones Yo soñaba en perenne desvarío; En ese mundo para mí vacío Ya nunca te veré ¡jamás, jamás! No te alces, esqueleto, en mi pasado; Dáme más bien inspiraciones bellas, Y en la trémula luz de las estrellas Mándame un rayo de consuelo y paz.

Comprendo que tu influencia me acompaña En mi camino terrenal, doliente;
Cansado, yerto, mi angustiada frente
Reanima á veces brisa celestial.
Y eres tú.....! eres tú que allá en la altura
Brillando estás cual rutilante estrella,
Que cariñosa sobre mí destella
De su espléndida luz un gran raudal.

Cuando me oprime en horas de tristeza Crüel dolor en retorcidos lazos, Una esperanza sus abiertos brazos Extiende bienhechora á mi aflicción; Sonríe entre las brumas de mi vida De gloria el brillador presentimiento, Y es que tú desde el alto firmamento Has bajado á arrullar mi corazón.

¡Voz perdida en los ámbitos del cielo Que en los misterios de mi ser resuenas! ¡Sombra que cruzas y mi vida llenas De tímida ansiedad y de estupor! Vé cuál mi pobre corazón traspasan Envenenadas penetrantes flechas, Vé salir de mi lira las endechas Cual los ayes del seno del dolor.

El desencanto de la vida toco, La duda de mi mente se apodera, Ya no tengo una lágrima siquiera Que turbia ruede al meditar en ti. Une tu voz al cántico sonoro, Que en las salas etéreas se levanta, Y una plegaria fervorosa y santa Entona entre los ángeles por mí.





LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Fantasía.

À mi querida prima Soledad Urruela de Echeverría.

Tan joven, tan hermosa, pronto dejas El risueño banquete de la vida:
Está brillando y hasta el borde henchida
De dulce miel la copa del placer.
Sin duda tú no sabes de este mundo
Las alegrías y animadas fiestas,
Cuán armónicas suenan las orquestas,
Cuál se levanta un trono á la mujer.

Ella, de triunfo en triunfo caminando, Entre cultos fervientes y ovaciones, Despierta las más bellas ilusiones Al brillo de sus ojos seductor; Y revestida de flotantes gasas, Que mal encubren el turgente seno, Siente su corazón de dicha lleno Y de apacible vagabundo amor.

Y no sabes tampoco vendrá un día En que perdida esa risueña calma, Un ser dichoso se entronice en tu alma Para que en él delires sin cesar; Y á tu poder y á tu beldad rendido, Te pida en premio de sús ansias puras, Que adornada de blancas vestiduras Le concedas tu mano ante el altar.

Sin duda tú no sabes que da un fruto De amor y bendición el amor mismo, Que le amarás con loco fanatismo Y tu labio en el suyo has de posar. Cuando veles su sueño embebecida, Tan bello cuadro de amorosas galas En el fondo tendrá las níveas alas Del ángel de la infancia tutelar.

¡Oh sí! Tú sabes eso ó lo adivinas, Y sin embargo todo lo abandonas; Anhelas otros triunfos y coronas De eterno bien y perdurable paz. Cuando tu hermosa pubertad empieza, Sientes tu corazón al mundo extraño, Y es tu hábito talar de burdo paño, Y tosco lino adorno de tu faz.

Prefieres los dolores, los gemidos, Á los deleites de la tierra impura; No adornará un instante tu hermosura El báquico festín de Baltasar; Y presurosa acudirás en busca Del desgraciado Job agonizante, Y afanosa, solícita y amante Le sacarás del sucio muladar.

En tu seno, doliente y fatigada
La pobre humanidad su sien reclina,
Y una luz de los cielos te ilumina
Y te presta su influencia divinal.
Cuando en medio de noche tenebrosa,
Sólo el dolor acongojado vela,
Eres de Dios el ángel centinela
En el triste salón de un hospital.

Allí, tal vez, descienden tus palabras Cual benéficas gotas de rocío, Á consolar el corazón vacío De la mujer que el mundo abandonó. Es ídolo de arcilla vuelto lodo, Temprana flor que marchitó la orgía,

Y entre incienso y aplausos hubo un día Que su perfume pródiga esparció.

Allí, tal vez, muriendo entre tus brazos Quien vió la luz en apartada tierra, Y ya los ojos anublados cierra De la muerte en la triste lobreguez; Contempla en ti la madre cariñosa, Que vió brillar como distante faro, Recordando pasó bajo su amparo Los días de la cándida niñez.

Bien hayas siempre, flor del cristianismo, Árbol frondoso á la mitad del yermo, Que al huérfano, al expósito, al enfermo, Su sombra cariñosa les prestó. Bien hayas tú, que vives en la orilla Del mar tempestüoso de este mundo, Para salvar á aquéllos que iracundo Náufragos á las playas arrojó. Tú, que en el centro del dolor floreces,
Tú, que el dolor con tu virtud perfumas,
De Dios demuestras las bondades sumas,
Y Él te previene esa misión cumplir.
Te preparan los ángeles del cielo
De los electos la triunfante palma,
Y bajarán á recibir tu alma
Cuando llegue tu hora de morir.



LA INMORTAL.

FLOR que careces de aroma Y careces de frescura,
No envidies, flor, la hermosura
De la rosa virginal.
Es reina de los jardines
Y preciada su valía;
Pero vive un solo día,
Mientras tú eres inmortal.

Sufre, flor, si te desprecian Las errantes mariposas, Que buscan purpúreas rosas Para tálamo nupcial; Pasan cual sombras fugaces Esos volubles amores, Y mariposas y flores, Mientras tú eres *inmortal*.

¿Qué son las flores marchitas Sino polvo ceniciento, Que arrastra rudo y violento El soplo del vendaval? Todo muere, todo pasa, Bellezas, glorias, placeres; Todo pasa, pero tú eres Emblema de lo *inmortal*.

El alma tierna que siente, De afán agitada, interno Brotar de un amor eterno El trasparente raudal, Te escogerá entre las flores Para una mística ofrenda, Para que sirvas de prenda Á su pasión inmortal. Y al que perdió en un sepulcro El bien que en el mundo alcanza, Y no tiene otra esperanza Que la patria celestial;
Tú le ayudas, flor preciada, Á que su fe no sucumba,
Cuando adorno de la tumba
Te levantas inmortal.

Me abrasa un incendio el alma, En perpetuo afán me agito, Tengo sed de lo infinito, Me hastía lo terrenal. Dejan los frutos del mundo En mis labios sólo arena; Alma! cumple tu condena, Levanta el vuelo *ininortal*.

Te amo, flor, por más que sean Tristes tus secas hojillas, Inodoras y amarillas; Pero siempre estás igual. Tú serás mi compañera, Tú serás mi flor querida, Ah! porque en mi alma se anida Un sentimiento *inmortal*,

Sé el adorno de la lira
Que esta canción hoy entona,
Y adorno de mi corona
En la mansión sepulcral.
Sí! cuando yazga en la tumba
En que mi amada reposa,
Quiero que brille en su losa
Alguna flor inmortal.



À LA LUNA,

VESTAL del cielo, ¡Cuán bella subes, Envuelta en nubes De áureo tisú, Al levantarte Bañando en lumbre La erguida cumbre Del Irazú!

Sobre las lomas Tu luz destellas, Y las estrellas En derredor Ya te preparan En bello coro Diadema de oro, De luz y amor,

Contigo vienen
Citas amantes,
Vienen distantes
Los de otra edad,
Tristes recuerdos
Que se levantan,
Y al lejos cantan
Con vaguedad.

Niño inocente Me extasïaba Cuando miraba Tu disco yo. Virgen del cielo! Tú eres la misma; Pero aquel prisma De mi alma, no. Después en noches Llenas de amores Vi tus fulgores Resplandecer; Acariciaban, Con gran ternura, La frente pura De una mujer.

Un ángel era
Que en mi camino
Puso el destino,
Era mi amor.
Era un ensueño
Casto y poético,
Pero profético
De mi dolor.

Porque en el mundo La dicha, en suma, Como la espuma Leve del mar; Como las flores Que dan los campos, Como los lampos Al relumbrar;

Cual tenue nube
Que se recata,
Y que arrebata
El huracán;
Como las aves
Que el bosque adornan,
Y jamás tornan
Cuando se van;

Como la calma
De la conciencia,
Cual la inocencia
De la niñez,
Pasa....y nos deja
La vida trunca,
Y nunca....nunca,
Vuelve otra yez.

Pálida virgen
Del firmamento,
Mi sentimiento
Despiertas tú,
Al levantarte
Bañando en lumbre
La erguida cumbre
Del Irazú.

Eres tan bella, Púdica y grata! Tu luz de plata Fué mi ilusión. ¡Encierras tántas Dulces memorias, Perdidas glorias Del corazón!

Lámpara fuiste, Célica y pura, Que mi ventura Iluminó, Cuando en el seno De mi María, El alma mía Se extasïó.

Álzate, Luna,
Bella y serena,
Álzate llena
De majestad,
Aunque al mirarte
Pierda la calma,
Y surja en mi alma
La tempestad.

Fanal tranquilo Que tus fulgores En mis amores Vertiste ayer, Hoy se deshace Ante tu encanto, En triste llanto Mi débil ser. Hoy sólo inspiras Al alma mía Melancolía Y exaltación... Es que mantengo Dentro del pecho Pedazos hecho El corazón.

Sobre la frente
De mi María
Resplandecía
Tu suave luz;
Viértela ahora,
Luna piadosa,
Allá...en su losa,
Allá...en su cruz.



METEMPSICOSIS.

I.

Partí yo á climas lejanos; El tiempo rápido vuela; Traigo los cabellos canos, Tú estás como siempre, Adela!

Es inmortal tu hermosura, No deja el tiempo en ti rastro; Ni un pliegue en tu frente pura Ni en tu cuello de alabastro.

¡Cuán bellas son si sonríes, Cuánto las admiro al verlas, Entre labios de rubíes Tus dos hiladas de perlas! Tienes brillante el cabello, Como del cuervo las alas. ¿Son eternas, ángel bello, Tus encantadoras galas?

Tras años que huyen veloces, El verte así me consuela. Nada dices ¿Me conoces? ¿Qué misterio es éste, Adela?

II.

La pobre niña me oía
Como quien de algo se asombra,
Y yo en su frente veía
Desparecer la alegría
Y proyectarse una sombra.

Sus labios húmedos, rojos, Me parecieron temblando, Y entre emoción y sonrojos Vi dos lágrimas brillando En el cristal de sus ojos. Su traje, de blondas hecho, Más blancas que el azahar, Dejaba entrever el pecho; Del disimulo á despecho Las blondas miré temblar.

Y con ese acento triste, Que sentimiento revela, La niña me dijo: "Adela Fué mi madre; ya no existe. El tiempo no en vano vuela."

III.

Yo me quedé meditando, Llena el alma de estupor; Mas la música á torrentes En la sala resonó, Y vi que la hija de Adela Estrechada con amor, Por un joven que le hablaba Con imperceptible voz, En medio de aquel barullo De un vals en la giración, Siguiendo otras cien parejas Entre ellas se confundió.

IV.

Á poco en un cementerio, Cuando ocultándose aun arde El sol en este hemisferio, Dejándonos el misterio Que reina al morir la tarde,

Vi una tumba, que la vela Con sus ramas un saúz, Y ser antigua revela; Era la tumba de Adela, Rotas la losa y la cruz,





ULTIMO AMOR.

AD DIANAM.

A mi inolvidable amigo

don Manuel Arzú.

E RAN las horas de la infancia mía
Pobladas de misterio y de inocencia;
Mi corazón se abría
De fe invencible y de entusiasmo lleno,
Adivinando el amoroso seno
Do pronto mi existencia
Felicidad y bien hallar debía,

Una beldad soñé tan hechicera,
Como ilusión dorada
Que el alma abriga por la vez primera;
Y al fin la vi! Su boca perfumada
Me habló de amor, con un acento blando
Como la voz de la íntima ternura,
Cual juguetona brisa murmurando
Del bosque en la espesura.

No busqué su belleza confundida
De la ciudad entre el bullicio loco;
Ella en las selvas sin cesar perdida
El más regio salón estima en poco.
Titilaba el lucero,
Brillante precursor de la mañana,
Cuando la vi, vagando en la sabana;
Le expliqué mi pasión, pura y ardiente,
Y su ósculo primero
Prolongado vibró sobre mi frente.

Belleza ideal, sin mentiroso aliño Sus atléticas formas me mostraba; Tomando de la mano al débil niño Ella le arrebataba;
Hízome ver inmensos horizontes
Y bellos panoramas;
Teatro de nuestro amor fueron los montes,
Y prodigóme púdicas caricias,
De un árbol secular bajo las ramas,
Inundando mi ser en mil delicias.

Salvé los lindes de la edad primera,
Bajo su solo amparo;
Después en ansia siempre placentera
Á ella entreguéme sin ningún reparo.
Mucho antes que la Aurora
Descorriera las orlas de su veste
¡Cuántas veces dejé el mullido lecho
Y palpitando de pasión el pecho,
Fuí á buscar su belleza encantadora
En silenciosa soledad agreste!

¡Cuántas veces la luna Me sorprendió implorando, Á los bordes de límpida laguna, Que concediese á mi serena frente El dulce asilo de su seno blando! Su beso embriagador, púdico, ardiente, Ha encendido la sangre de mis venas En horas de placer y encanto llenas.

¡Beldad de mis amores!

Por ti he sentido el aura matutina

Vagar pura y errante,

Meciendo el tallo de silvestres flores

En cuyo cáliz posa diamantina

La gota de rocío fulgurante;

Por ti comprendo los arpegios suaves,

La música sonora,

Con que las tiernas aves

Cantan su amor al despuntar la aurora.

El misterio que encierra el bosque umbrío, Cuando la luna á la mitad del cielo Se ve al través de hermosas arboledas; Cómo ruedan las aguas en el río, Y murmurando el plácido arroyuelo, Ancha cinta de plata, Fecundando la tierra se dilata Por las campiñas ledas. Y sé por ti con cuánta furia azotan Á los árboles vientos bramadores, Á cuyo impulso bronco
Caminan á morir, lejos del tronco
Las hojas y las flores.
Y cómo el cielo espléndido encapotan
Las nubes tormentosas,
Y pródigas dan luego
Un fecundante riego
En sueltas cataratas abundosas.

Y sé por ti, cuando la luz asoma
Del rayo reluciente,
Deslumbradora tea
Que pasa prontamente,
Cómo semeja sobre enhiesta loma
Flamígera culebra que serpea;
Después retumba pavoroso y bronco
El trueno, y en los huecos
Que en los lejanos montes forman ecos,
El son tremente se repite ronco,

Tú, adoración de mi alma,
En la aura virginal me das tu aliento;
De tu constante amor bajo la palma
Mantienes mi perenne sentimiento;
La luz de tu mirada
Enciende el alma mía
En las llamas del sol de mediodía;
De misterios rodeada
Te veo entre tinieblas;
Diosa sin duda eres,
Y la profunda soledad tú pueblas
De armonías, encantos y placeres.

Tan sólo tú, mi paso vagabundo Dirigiste en la selva y la montaña; Por ti olvidaba el mundo Al descansar en mísera cabaña; Y siempre tu belleza con asombro Extático admiré; yo te seguía, Delante un perro y el fusil al hombro, Sin sospechar que al fin te olvidaría.

Y te pude olvidar! Llegó un momento
De mísero abandono,
De inmenso sentimiento,
En que un dolor insólito y profundo
En mi alma quiso levantar su trono.
¡Cuánto lloré! Aun ahora veo el mundo
Envuelto entre crespones,
Y un inmenso vacío
Hay en el pecho mío,
Sepulcro de mis muertas ilusiones.

Pero la faz volviste
Á contemplar tu amante desgraciado,
Y de la mano al triste
Llevaste por el cerro y por el prado;
Miré otra vez las aguas cristalinas
Do el cielo se refleja;
El arroyo que brotan las colinas
Y para no tornar presto se aleja.

Y comprendí el lenguaje misterioso De las marchitas hojas Que de las ramas caen;
Y el canto melodioso,
Mas lleno de congojas,
Que la tórtola viuda entona al lejos,
Y que las brisas de la tarde traen,
Mientras el sol poniente
Colora el occidente
Con últimos reflejos.

Y lleno de mortal melancolía
Posé la frente en tu amoroso seno,
Que me guardó la fe del primer día.
En el cristal sereno
De una fuente escondida
Me devolviste la salud perdida,
Y de flores silvestres á millares
La aroma desprendida,
Embalsamó mis íntimos pesares.

La desesperación perdió su ceño, Tornó á anudarse de mi vida el hilo, Y mis cansados párpados el sueño Cobraron otra vez; quédale á mi alma
La tristeza y la calma
Del bien pasado y del dolor tranquilo.
Por eso te amo tanto;
Mi vida entera sólo á ti se enlaza;
Serás la musa de mi triste canto,
Mi último amor....; Oh Diosa de la caza!



AL VAPOR "SALVADOR."

Desde las playas de Puntarenas.

QUASI NAVES.

VAPOR, te vuelvo á ver! Hace diez años En tu recinto divagué feliz; De mi María entonces mano á mano, Felicidad fué todo para mí.

Estaba tan tranquila como un lago La rada sin igual de San José, Y el mar en tenue movimiento blando Te mecía con grata languidez. Desde tu popa, en un confin lejano, Vi mis patrios volcanes descollar, Los mismos que don Pedro de Alvarado Alzarse vió tal vez, desde Ixtapán.

Yo pensaba en los nobles castellanos, En los héroes del siglo diez y seis, Que la tenaz reventazón salvaron Sin el auxilio de un andarivel.

Y en lugares ignotos penetrando, Tras luchas de gloriosa magnitud, Triunfar hicieron el pendón Hispano Y la divina enseña de la Cruz.

Mas de esos pensamientos me distrajo ¡Ah! mi María como siempre ideal, Y en una especie de éxtasis muy vago, En presencia del cielo y de la mar. La suave brisa con arrullo manso, Su cabellera acarició sutil, Y el sol de fuego del ardiente marzo, De sus mejillas avivó el carmín.

Estrechaba mi mano entre sus manos, Y en mí los ojos célicos fijó, Ante tan grande escena reclamando De mi hondo sentimiento la expresión,

Mira, le dije ardiendo en entusiasmo, Mira esa inquieta inmensidad azul; Pues es más grande que el inmenso océano El sentimiento que me inspiras tú.

Mira ese rey radiante de los astros, Cuál centellea en el cristal del mar; De mi ser en el fondo, soberano Tu amor, bien mío, resplandece más. Ella pagó con cariñoso abrazo Mis frases entusiásticas de amor, Y en un deliquio halagador y casto Se besaron las almas de los dos.

De su hermosura y de su amor ufano, El cielo, el mar, y todo lo olvidé; Si eran aquellos horizontes vastos, Los de mi alma sin límites también.

Entonces no pensaba que cercano Siempre el confín de la ventura está, Y que el hechizo de su dulce halago Se extingue cual burbuja de la mar.

Vapor, te vuelvo á ver! todo ha cambiado En diez años corridos por mi mal; He visto trasponerse en el ocaso De mi ventura el claro luminar. Las ondas del Pacífico surcando, Seguiste sin ninguna alteración; Yo de una tumba en los sombríos antros El ángel he perdido de mi amor.

De la vida en el gélido oceano Mi barquilla combate el huracán, Y navego sin brújula y sin faro En noche de dolor y oscuridad.

Vapor! desde este litoral extraño Te saludo con lágrimas de hiel, Y de placer y de dolor mezclado Tu recuerdo en el alma llevaré,



EL PICA FLOR.

PAJARILLO
Que inconstante,
Cuando apenas
Sale el sol,
En jardines
Matizados
Vas libando
Cada flor.

¡Qué preciosas Tus alitas De brillante Tornasol! ¡Cuán ligero Te deslizas, Cuán voluble Es tu amor!

Aleteando
Te detienes
En un bello
Girasol;
Pero pronto
Te arrebata
De otras flores
La ilusión.

No recuerdas La que dejas, Y con néctar Te embriagó; Ni te hieren Las espinas De las rosas Çon su arpón. Eres dueño
De las flores
Más colmadas
De esplendor,
Cuyas hojas
La mañana
Con sus perlas
Adornó.

¿ No te basta
De este sitio
La florida
Producción?
Pronto emprendes
Raudo vuelo,
De otras flores
Vas en pos.

Cuánto envídio Yo la suerte Que Natura Te asignó! De miel vives En el mundo, Y yo vivo De dolor.

Tú te agitas
Entre piélagos
Que de aromas
Y luz son,
Y yo vago
Dolorido
Entre nubes
De crespón.

En mis años
Juveniles,
De mi vida
Bello albor,
Yo soñaba
Con un cielo
De esperanzas,
De ilusión.

¡Ay! entonces Muchas flores Mi alma débil Adoró; Mas dejaron Sólo espinas En mi enfermo Corazón,





DE NOCHE.

En el Anfiteatro de Flavio.

La lámpara nocturna de las ruinas Estas vetustas gigantescas moles Que alzarse veo aún, medio derruidas!

; Cuántos recuerdos de remotos tiempos En mi alma acongojada ellas suscitan, Que á meditar en soledad y en calma En este gran recinto me convidan! Aquí, ante inmensa muchedumbre bárbara, Desnudos gladiadores descendían, Brazo desnudo, á forcejar frenéticos, De fuerza llenos, poseídos de ira.

Con músculos salientes, faz sañuda, Miembros fornidos y actitud artística, Allí en el centro me parece verlos En lucha estéril y á la par terrífica,

Y antes de entrar en el feral combate Del César imperial se despedían, Y al tocar en los lindes de la muerte Estudiaban airosa la caída.

Oh! cuántas veces en aquellos tiempos, Regado fué con mucha sangre tinta, Por diversión ó por venganzas crueles, Este terreno que mis plantas pisan! Aquí también los mártires cristianos Murieron tras de largas agonías, Los ojos fijos en el alto cielo, Reverberando inspiración divina.

Y leones, y tigres, y panteras, Hambrientos y voraces, á porfía, Despedazaban con sus rudas garras Al que abrazó de Cristo la doctrina.

Horrible debió ser, entre rugidos, Mirar las calaveras ya roídas, Osamentas dispersas por el suelo, Y la estúpida gente distraída.

Los tiempos cambian y transforman todo. Si á lo pasado vuelve nuestra vista, Escombros halla. Hoy eres, Coliseo, Nada más que una histórica rüina. Esqueleto pareces de un gigante, Que del pasado en el panteón dormita, Con sus grandes, sangrientas tradiciones, En una inmensa lápida esculpidas.

Los siglos al pasar te despojaron De tu pompa y grandeza ya perdidas, Y reconstruirte puede solamente En un mundo ideal, la fantasía.

Pasaron gladiadores y los Césares, Como en el viento inconsistente arista; Los verdugos pasaron y los mártires, Unos y otros tornándose en ceniza.

Silencio y soledad en tu recinto Halla no más mi mente pensativa, En esta noche en que la plena luna Te baña en luz tristísima, amarilla, Yo solo estoy aquí, dentro tus muros, Las cuerdas agitando de mi lira, Y al evocar recuerdos que despiertas Calla mi voz, y mi ánima se abisma.



MI POBRE HOGAR.

A mi estimado amigo
el distinguido jurisconsulto
don Máximo Fernández.

Bendito, bendito sea,
Mi pobre y humilde hogar,
Aunque no tengo en la tierra
Un hogar en propiedad.
Mis mayores lo tuvieron
Con noble, antiguo solar,
En siglos que están distantes,

Que muy distantes están.

De todo ello me han quedado

Las constancias, nada más;

Y algo en el alma escondido,

Que en lo hondo del alma está,

Y me hace decir ¡bendito,

Bendito sea mi hogar!

¡Ay hogar, y cuántas penas
En tu recinto me das!
¡Cuántas lágrimas ocultas
En ti he derramado ya!
¡Cuántas esperanzas muertas
Dentro tus muros están!
¡Cuántos recuerdos encierras
Que me obligan á llorar!
Pero en mis lágrimas bebo
Un consuelo celestial,
Y la cruz, y las espinas
Fuerzas y valor me dan,
Y exclamo lleno de gozo:
¡Bendito sea mi hogar!

Y también ¡ cuánta alegría, Hogar, en tu seno hay! Existencias que amanecen Con esplendor oriental, Y sonrisas á que el cielo El cielo reflejos da; Cabelleras amarillas Como el preciado metal; Inteligencias que nacen Felices al despertar; Todo ese tesoro encierra, En medio de su humildad, El hogar que yo bendigo, Mi pobre y bendito hogar.

Algunas noches sorprendo Á un ángel orando, ideal, Ante un Cristo que sus brazos Extiende de par en par. Las oraciones de ese ángel De pureza y de bondad, Que conserva limpia el alma, Blanco el último cendal; Las oracionas de mi hija Que en su hermosa pubertad, Aun tiene el alma de niña Y el corazón virginal, Me dicen que está bendito, Bendito mi pobre hogar.

Corazón! álzate altivo
En medio la adversidad;
Cobra fuerzas en la fuerza
Del tormentoso huracán;
Abre tu hogar en el mundo,
Tu hogar en la eternidad;
Lágrimas te den consuelos,
Inquietudes te den paz.
Águila es el poeta,
Es una águila caudal,
Que más allá de las nubes
Ve á sus pies la tempestad.
Desde esa región bendigo,
Bendigo mi pobre hogar.

En él tengo mis riquezas,
Los recuerdos de otra edad;
Mis tormentos y alegrías,
Mis esperanzas y afán.
En él tengo para todos
Un corazón siempre leal;
Para el soberbio, desprecio;
Para el humilde, humildad.
Tengo lágrimas y risas
Que bendigo por igual,
Cuando el alma á Dios levanto
En mi mundano cantar,
Y al mismo Dios yo le pido
Bendiga mi pobre hogar.



EL CONDESTABLE

A STATE A TOTAL A A STATE A COOKER OF THE STATE OF THE ST

don Ruy López de Abalos.

REINANDO está Juan Primero,
Y en son de guerra Lancáster
Introdúcese en Castilla,
Á la corona aspirante.
Pone sitio á Benavente,
Y en ese bélico trance,
López de Ábalos propone
Tener singular combate
Con uno de los contrarios
Que el enemigo señale,
Y con las armas que elija.

Valeroso el Condestable, Firme mantiene su reto, Y le recogen el guante El Duque y sus compañeros. Comienzan pues á arreglarse Las condiciones del duelo, Y después de gran debate Así queda convenido: Que si de Ábalos triunfare (El cielo debe ampararlo) El Duque su real levante Y su bandera la entregue. Si el adalid de Lancáster Obtuviere la victoria, Que á Benavente la gane, Cual si en buena lid triunfara. Y la bandera que trae En la torre se enarbole. Un inglés, muy arrogante, De los que al Duque acompañan, Se apresta para el combate.

Al noble adversario llama, Y el campo entre ellos se parte,

Va chocándose relumbran Las dos espadas que blanden; Golpe tras golpe reciben En los rudos gavilanes, Y el ruido de cada golpe Vibrando queda en el aire, Las dos huestes enemigas Están pendientes del lance, Del cual penden consecuencias Tan graves, tan importantes. Los ojos no parpadean; Dios te ayude, Condestable! Le gritan los castellanos. Y también los de Lancaster Por su adalid hacen votos. Parecen en fuerza iguales Los osados combatientes Que demuestran lo que valen; Y en los tajos y reveses,

Y en los mandobles que evaden, En terribles estocadas Ya rectas, ya diagonales, Siempre en los quites certeros Y astutos en el ataque, La misma escuela y destreza Exhiben los dos rivales,

Á concebirse ya empiezan
Por todos temores graves,
Cuando cae atravesado
El inglés de parte á parte,
En alegre vocería,
En estrepitoso alarde,
Los castellanos prorrumpen,
Y á fe que la acción lo vale.
¡Viva el Rey don Juan Primero!
Grita el bravo Condestable,
Y le corta la cabeza
Al capitán de Lancáster,
Y airado arrójala al río
Para que el agua la arrastre,

Toma después la bandera, Prenda de triunfo y desarme; De colores blanco y rojo, Rayada, como remate La coloca en sus blasones, Y así les da más esmalte Con honra tan merecida, Ganada en leal combate.



EN EL ALBUM

de la señorita Cristina Castro,

hoy Mrs. Keith.

CRISTINA, de tu álbum las páginas bellas Encierran conceptos de amor paternal, ¡Feliz cuando pasas los ojos por ellas! Cristina, me han hecho sentir y llorar.

Los seres dichosos, los dos corazones Que nobles y unidos te dieron el ser, Con tiernas palabras te dan bendiciones. Trasmiten â tu alma su amor y su fe. Valioso tesoro! Conserva esas prendas Y guarda ese aroma, bellísima flor; Y cuando de tu árbol también te desprendas, Imita, Cristina, imita esa unión.

Alondra preciosa de un cielo querido, Yo voy á decirte mis votos por ti: Que así que abandones el plácido nido, Cual hora tu seas dichosa y feliz.



THE REPORT OF THE PROPERTY OF THE PROPERTY.

EL CREPUSCULO.

E L sol se fué. Su luminosa huella, Cual resplandor fulgente de su manto, En nubes de oro y nácar y amaranto, En el ocaso vívida destella.

Asoma ya la vespertina estrella, Y une su lumbre mágica y su encanto Al brillo del crepúsculo, que en tanto Un fondo purpurino presta á ella.

Ya la estela del sol se descolora Como ilusión fugaz; pero mañana, Él volverá anunciado por la aurora. Yo pasaré como una sombra vana, Dejando atrás una canción que llora, Y nunca volveré ¡miseria humana!



I NNÚMERAS estrellas resplandecen Al mismo tiempo que el brillante sol, Que no permite á nuestros ojos verlas. Así también mi espíritu iluminas Sin que te vea yo.

Vendrá la noche y fúlgidas estrellas En los espacios ornarán su sien, Como inmensa corona de diamantes. Astro que irradias en el alma mía, Yo nunca te veré!

Hay veces que las nubes nos ocultan El sol brillante y el espacio azul, Mas siempre el astro rey su luz derrama; Encima de las nieblas de mi vida Estás brillando tú.

Las tormentosas nubes cenicientas El viento al agitarse arrastrará, Dejando azul y limpio el firmamento. Las fatídicas sombras que me cercan ¡Ay! nunca pasarán.



FRAGMENTO.

Su postrimer suspiro,
Y en medio de celajes
Agonizar se ve,
¡Cuán bellas al reflejo
Del nácar y el zafiro,
Se elevan tus montañas,
Ciudad de San José!

Colosos que te velan, Guardianes de tu valle, Los rayos arrebatan Para librarte á ti. Cuando dispone Eolo Que el huracán estalle, Al huracán le dicen: No pasarás de aquí.

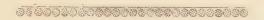
¡Qué hermosas y qué altivas Se elevan esas moles, Titanes que pretenden Los cielos escalar! ¡Qué pródiga en matices, Formados de arreboles, Envuélvelas ahora La luz crepuscular!

En la región etérea,
Las cimas portentosas
En líneas desiguales
Dibujan su perfil,
En tanto que se extienden
Las faldas anchurosas,
Pobladas de cien bosques
Y de cultivos mil.

El labrador porfiado ¿Qué obstáculos no vence Por arrancar al suelo La rica producción? Do quiera que su planta Fijó el costarricense, Dejó profundas huellas: Las del trabajo son.

¡ Montañas! si la suerte Algún día quisiera Enviarme á extraños climas Mi vida á terminar, Grabadas en mi alma Iríais donde fuera; Yo no os podría nunca, Montañas, olvidar.





LA ESTRELLA DE LA TARDE.

Entre oro, púrpura y rosa
Ya se enciende, ya se apaga,
Indecisa y temblorosa
Tu melancólica luz.
Bien te comparan, estrella,
Á una lágrima que brota
De enamorada doncella
Junto á la pupila azul.

Cuando un ángel su plegaria Entona al morir el día, Te apareces solitaria Perdida en la inmensidad. De sombras triunfas á veces Y la luz te vence á ratos, Y abrillantas ú oscureces Tu apacible claridad.

Sólo el corazón comprende Tu lenguaje misterioso, Cuando fúlgida se enciende De tu luz la irradiación, Y te ostentas rutilante En el fondo del espacio, Cual solitario diamante Del cerúleo pabellón.

¡Fuente de melancolía Para las almas enfermas, Y de inefable poesía, De misterio y de solaz! Cuando cansado sucumba, Vierte ¡romántica estrella! Sobre mi lóbrega tumba Tus rayos de dulce paz.





À LA MEMORIA

DE

Juan Diego Braun.

, (A....)

I.

Pasaste tú, cual melodiosa nota,
Que vibrando en el viento se extinguió;
Flébiles cantos y tu lira rota....
Sólo eso nos quedó.

En tu pálida frente se veía
De tierna musa la divina unción,
Y en santo fuego del amor ardía
Tu joven corazón.

La lectura de Bécquer fué tu encanto; Raudal de inspiración fué para ti. ¡Secreta simpatía encierra el llanto Y la desgracia aquí!

Envuelta tu alma en nubes de pureza Soñó el amor y concibió el placer, Y en conjurar tus horas de tristeza Se empeñaba otro ser.

Y fué otro ser simpático á tu alma, Que hizo á tu lira de pasión temblar; En tu desierto, solitaria palma, Sombra te pudo dar.

La gloria y el amor, contraria suerte, Fueron contigo mentiroso augur. Te esperaba temprano de la muerte La tétrica segur. Hermosa joven que su ausencia lloras, Tus amorosas lágrimas contén, Porque él respira en eternales horas Las auras del Edén.

Te queda su alma envuelta en armonías, Que en torno tuyo amantes sonarán, Con los recuerdos de amorosos días De generoso afán.

Amores desgraciados nunca mueren Ni muere el son de armónico laud; Al trascurrir el tiempo ellos adquieren Eterna juventud.

No muere como todos el poeta, Aunque haya dicho su postrer adiós; La eternidad le aguarda y él completa La creación de Dios. Él olímpos destruye ó los levanta, Sube al cielo como águila caudal, Y en la región de lo infinito canta Su espíritu inmortal.

Y si la vista á lo pasado torna, Hace olvidados héroes renacer; El paraíso terrenal adorna Y vuelve á florecer.

Él sigue á los Cruzados paso á paso, Les da renombre, y glorias él les da; No sus ínclitos nombres sin el Tasso Se recordaran ya.

Cansado al fin de cuanto aquí le asedia, Adelante camina y adelante, Y hace nacer Divina la Comedia La inspiración del Dante. Después de Dios del universo es dueño: Contempla de esta vida el oropel, "La vida, exclama, nuestra vida es sueño...." Mas realidad es él.

No fué mujer Elena. Hoy es un mito Que clásica forjó la antigüedad; Su poema empieza por Homero escrito Y sigue en nuestra edad.

¡Cuán desgraciada, qué infelice Dido, Aun vives en los cantos de Virgilio! Nunca la humanidad te da al olvido, Eres su eterno idilio,

El poeta, como Gray, melancolía Hace sufrir y la convierte en llanto; Ó excita carcajadas y alegría, Cual Manco de Lepanto. Hace vivir de Italia las ruínas, Y castillos, torneos, trovadores; Resucita las vírgenes divinas, Los ya muertos amores.

No bastarían tus victorias solas Para hacerte inmortal, nuevo Trajano, Sin Manzoni, sin Byron, sin Arolas, Sin Abigail Lozano.

¡Bolívar inmortal! tu gloria crece Desde el primero al último confín; Pero es quien más tus glorias engrandece El canto de Junín.

¿Escuchais una voz que se levanta De siglos vencedora? La poetisa Canta inspirada. Si Abelardo canta Le responde Eloísa. Y á ese acento mil voces se congregan,
Acordes en un cántico inmortal,
Y en el océano del amor se aniegan,
Amor universal.

Los espíritus vagan insepultos, Mientras les llega su final mansión; Cuando les damos fervorosos cultos Se alienta el corazón.

Llorar, sufrir, éste es nuestro destino; Sigamos esta senda ; humanidad! Las lágrimas marcaron el camino.... Vendrá la eternidad.

II.

Si las aves se dicen sus amores, Y se asocian al himno universal; Si tienen alma las tempranas flores Ninfas el manantial; Si las Nereidas en las aguas moran, Y en el océano vagan las Ondinas, Y si dolientes lo pasado lloran Las lúgubres ruínas;

Si desmayada y pálida camina Fatigada de amor y de pasión, Sin esperanza alguna, fiel Lucina, En pos de su Endimión;

Si es el mar organismo giganteo, Que hímnos entona y de pasión suspira, Y con airada faz, cual Prometeo Al cielo insulta en su ira.

Es porque el vate otro universo crea, Y de su genio con la luz lo alumbra; En las etéreas bóvedas pasea, Y hasta su Dios se encumbra. No muere, nó. La abandonada lira Como las arpas eolias en el viento. Desde la cumbre de mortuoria pira Levanta su concento.

Tú, joven bardo, que elevaste el vuelo,
De tu vida en el pórtico oriental,
Guardado te llevastes á tu cielo
De armonía un raudal.

De tu acorde laud sólo nos dejas Primicias de armonías celestiales, Tristes, sentidas, amorosas quejas Que serán inmortales.

Hermosa joven que su ausencia lloras, Tus amorosas lágrimas contén, Porque él respira en eternales horas Las aurs del Edén. Si á los umbrales de la tumba fría Que deposita su despojo inerte, Llegas piadosa á meditar un día, Á solas con la muerte;

Y el soplo de la brisa vespertina Tú sientes por tu frente resbalar, Su espíritu es tal vez, que te adivind Y te viene á besar.

Si cuando duermes en dichosa calma En tus sueños le ves y te consuela, Es porque cabe tí se posa su alma Y es genio que te vela.

Si cuando lumbre sideral destella, Sientes al verla plácido solaz, Es que en el rayo de lejana estrella Te envía dulce paz. No todo muere en el inmenso osario Do terminan las dichas terrenales. ¿Sabes tú qué es la tumba? Gran Santuario De nupcias inmortales.





DE MI ÁLBUM ÍNTIMO.

À UN LIBRO.

À la memoria de mi esposa María Claudia Lara de Machado.

Í.

Éste es el libro Que te servía, En otro tiempo Para ir á misa:

En estas hojas, Hoy amarillas, Te está buscando Mi fantasía. Tus oraciones Aquí leías, Aquí tus dedos Se detenían.

Muy bella y joven, Mujer divina, Te estoy mirando Que estás en misa.

Siento el aroma De incienso y mirra, Siento del Templo La gran poesía.

Y etérea, absorta, Y de rodillas Ante tu amada Virgen María,

Yo, tras un velo De muselina, Que me causaba Profunda envidia, Estoy mirando Tu faz bellísima, Te estoy rindiendo Mi idolatría

II.

Después en la alba De nuestra vida, Yo ví que tú eras, Paloma mia,

Altar y Templo, Incienso y mirra, Tan bella y pura Como María.

Y en este libro Cuando leías Tus oraciones Santas, benditas, Envuelto en ellas Mi nombre ya iba, Cuando rogabas Por mí y por tu hija.

III.

Te ví modesta, Con alma pía, Siempre del pobre La buena amiga;

Y bondadosa, Cual tu sonrisa, Todos te daban Sus simpatías.

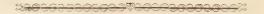
Te ví admirada, Te ví aplaudida, Y eras mi gloria Y mi poesía. ¡Ay!¿Qué me queda De tu infinita Dulce hermosura Sino cenizas?

IV.

Libro, en tus hojas Hoy amarillas, Dejen sus huellas Lágrimas mías;

Y ardientes besos De noche y día. ¡Muerta! en mi alma Ella está viva.





EN EL ÅLBUM

DE LA

Señorita Adela Sáenz.

Hay nombres tan expresivos
Que nuestras almas se llevan
Á soñar en otro mundo,
Con inspiración ingenua.

Del nombre entre la eufonía Las ideas van envueltas, Sentimientos palpitantes Y melodías etéreas. Pero entre todos los nombres Que en mi memoria resuenan, Ninguno siento tan dulce Como es el nombre de Adela.

Me parece que la brisa Sonríe en la primavera, Me parece que tú vienes En el rayo de una estrella,

No se por qué, no me explico Por qué ese nombre de Adela, Como etérea melodía Dentro de mi alma resuena.

Serán acaso caprichos, Idealidad del poeta Que entre el mundo de sus sueños Tu nombre armónico lleva.

No lo sé; pero yo debo Darte una cántiga tierna; Una cántiga que el alma En sus notas lleve envuelta; Y te digo, solamente, Que con gran derecho llevas, Entre tu noble familia, El dulce nombre de Adela,



À RAFAEL.

Yo quiero que tu vivas muchos años, Que se prolongue mucho tu existencia, Que lleves siempre paz en la conciencia, Y cosecha de pocos desengaños.

Ábrete tu camino sin amaños, De tus abuelos ten la noble herencia, Y sobre todo humanitaria ciencia; Los agenos dolores, nunca extraños. Valor sereno en la mundana lucha; Conquista gloria, humillación ninguna. Ah! de tu padre la canción escucha Y comenta sus letras una á una. En tí fundada mi esperanza es mucha. ; Hijo de mi alma! bendición...fortuna.



RETRATO.

A UN más que mujer pareces En todo tu ser un ángel; Permite que á grandes rasgos Te retrate.

Es tu cuerpo el de la Venus, El de la Venus de Milo, Y es tu faz la de la Virgen De Murillo.

En tus ojos centellantes Y en tu sonrisa hechicera, Sólo bondad y talento Se revelan. Costarricense divina! Ensueño casto de gloria! Por eso todos te admiran Y te adoran.



্রীক্রিক্সক্রীয় চুক্তাক্রিক্রিক্সক্রিক্সক্রিক্সক্রিক্সকরক্ষ্মক্রিক্সক্রিক্সক্রিক্সক্রিক্সক্রিক্সক্রিক্সক্রিক্

À LA NIÑA

ISABEL FERNÁNDEZ y SOTO.

(EN SU PRIMER CUMPLEAÑOS,)

Puesto que ahora, Chabelita, Tan chiquita Como estás Tú no puedes Lo que inspira Hoy mi lira Penetrar,

Yo te dejo Un sonido Que perdido Vibrará, Esperando
Que lo encuentres
Cuando entres
Á otra edad.

¡Primer año
De tu vida!
Bendecida
Correrá.
¡Que tu cielo
Nunca lleve
La más leve
Tempestad!

¡Que entre flores Se deslice Muy felice, Siempre igual, Tu existencia Protegida Por egida Paternal! Buen augurio,
Niña mía,
Es el día
Tu natal:
Hoy un pueblo
Lanza un viva
Á la Diva
Libertad.

Chabelita!
Soy un viejo
Que te dejo
Nada más
Que un recuerdo,
¡Que lo encuentres
Cuando entres
Á otra edad!

Julio 4 de 1890.





MI ARBOL.

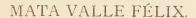
A REOLES hay que interpretan Los humanos sentimientos, Y las congojas del alma Sumida en el hondo duelo.

Ved los sauces como lloran En el campo de los muertos, Y hacia las tumbas inclinan Sus ramajes macilentos.

Ved el ciprés cuál se eleva En forma aguda hacia el cielo, Como aspiración suprema Que va muy lejos, muy lejos. Ved el laurel floreciente, Siempre verde, siempre fresco, En sus ramas preparando Coronas para el talento.

Mas yo en mi cansada vida Un árbol tan sólo anhelo; Es aquél que con su tronco Facilite hacerme un féretro.









MATA VALLE FÉLIX.

N ACIÓ en la ciudad de Cartago el 16 de agosto de 1857. Estudió Humanidades en el Colegio que allá dirigió el ilustrado profesor Doctor don Valeriano Fernández Ferraz y desde edad temprana demostró su afición á las bellas letras.

El joven Mata Valle se dedicó un tiempo á la enseñanza; ha sido Inspector de Escuelas de Cartago y desde el año 1887 es Diputado al Congreso Constitucional.

En el campo de la gaya ciencia Mata Valle se distingue así por su modestia, como por la intención genuinamente poética que tienen todas sus composiciones. Por las muestras de ellas que á continuación se insertan, no es dudoso que formarán los lectores un juicio favorable á los dotes del poeta á que nos referimos.





SOBRE LA TUMBA

DE

Juan Diego Braun.

Luz y calor.

—¿Quién eres? —Un peregrino
Que en las zarzas del camino
Jirones deja de amor.
Canté como un ruiseñor
Sobre una rama florida;
Y apenas mi voz oída,
Dejó la falaz mudanza
La vida de mi esperanza
Sin esperanza de vida.

—¿Qué quieres? —Quiero consuelos.
—¿Y sueñas? —Con lo infinito,
Con un nombre que está escrito
En el azul de los cielos.
Aun la urna de mis anhelos
Al porvenir está abierta;
Y es ya la luz tan incierta
Que entre mi pecho ilumina,
Como la luz mortecina
De una luciérnaga muerta!

—¿Á dónde vas? —Á buscar La soledad de las olas, Para decirles á solas Que me lleven sobre el mar. Allá volveré á cantar Sin luchas y sin pesares Consoladores cantares; Y haré de mis desconsuelos Nubes de espuma en los cielos, Olas de luz en los mares!





EUTERPE!

Leídos en una fiesta de la Sociedad Filarmónica de este nombre,

À su Director, don José Campabadal.

Į,

D^E sueño en sueño la mente inquieta Que aduerme penas cantando amor, Predice cielos en la paleta Do su alma de iris puso el pintor.

De nube en nube limpia rebota, Como un recuerdo de lo que fué, La de un laud de oro postrera nota, De una ventana gimiendo al pic. De fibra en fibra de las que tiernas Forman las telas del corazón, Van sollozando quejas eternas Que guarda el bardo en una canción,

Todo recuerda, todo refleja Flores del alma al entreabrir, En cuyo seno fecundo deja El arte besos al porvenir.

Y porque el alma no se corrompa, Del vano mundo marchando en pos, La eleva el Arte para que rompa Su baja cárcel, buscando á Dios!

11.

Euterpe! Idioma de amores.....!

Habla con voces tan suaves

Que se entristecen las aves

Y se enternecen las flores.

Ella endulza los dolores

Hechizando los sentidos; Y en el hilo de sonidos Que formula una canción, Se roba del corazón Emociones y latidos.

Dulce es la Musa que canta,
Santa es la Musa que eleva
Y que hasta el cielo nos lleva
Cuando sus notas levanta.

Habla, llora, ruega, encanta, Seduce, ordena, enamora; Y en los pliegues de la aurora Que predice la mañana, Encuentra una nota hermana Para un corazón que llora!

Ella provoca las quejas Del alma presa en congojas, Si susurra entre las hojas Ó si canta ante unas rejas.

Remeda de las abejas

El constante murmurar; Y de la playa al manglar, Da elocuencia y da donaire Á los gemidos que al aire Lanzan las olas del mar.

Ella finge las crecientes
De las aguas tempestuosas,
Y vive al pie de las rosas
Que tiemblan junto á las fuentes.

Sabe el habla de las gentes Y el secreto de las penas; Y alza voces de sirenas Que vencen los corazones, Junto á los sordos balcones, Cabe las mudas almenas,

Ella finge y representa

Las bellezas del idioma

Que usa la dulce paloma,

Que habla la ronca tormenta.

Sobre las ramas se asienta,

Entre las olas navega,
El estandarte despliega
Que á la victoria encamina,
Junto á la Cruz se avectra
Y á Dios por el mundo ruega l

Casta Musa! Deja ardiente Laureles, besos, gemidos, De sus hijos escogidos En el alma y en la frente.

Ella ora con el creyente Y da consuelo al caído; Y procura su sonido Las delicias de la paz Al pecho que sufrió más, Bajo la pena rendido.

Y á ti lo digo,—que sabes,
Oh hijo del sentimento,
Arrebatar con tu acento

Del sentimiento las llaves

Tú, que sigues à las naves

Entre un coro de sirenas!

Tú, que amortajas las penas

En un sudario bendito,

Y haces cantar al proscrito

Al compás de sus cadenas.....!

Tú, que con dulce pasión,
Cuando te sientas al piano,
Haces llevarse la mano
Á donde está el corazón!
Tú, que acercas la ilusión
Del vendaval en el traje,
Derramando por el viaje
Inspiración y sonidos;
Tú, que truecas los oídos
En siervos de tu lenguaje!

Por eso, con voz modesta Y con sencillo concento, Riego versos en el viento Perfumado de esta fiesta. Tierna y valiente, la orquesta Da entusiasmo y da consuelo: Euterpe, rasgando el velo Que le tendió un tiempo aciago, Un beso manda á Cartago De las almenas del cielo.



LA ORACIÓN.

Å mi esposa.

Ya es la hora de la conciencia.....

A. Bello.

I.

V As á rezar por mí? Si tú no ruegas, No tiene el mundo quien de mí se acuerde: Yo soy la flor que en la pradera verde No tiene amparo contra el vendaval.

Si no lo haces, pasará perdida, Sin un ruego amoroso mi existencia, Sin una dulce, protectora influencia Que aleje grata de mi vida el mal. Y sólo tú, de tu cariño en alas, Podrás alzar al trono del Eterno Humilde ruego, apasionado y tierno, Que al alma inquieta dé sosiego y luz,

Sólo tu voz y tu sentida súplica, Aromas de tu pecho de azucena, Han de atraerme, de indulgencia llena, Una mirada desde la alma Cruz.

Mi vida necesita de tus ruegos, Porque son mi consuelo y fortaleza: Poso en ellos tranquila la cabeza, Dejo en ellos confiado el corazón.

¡Cómo caen en el erial del pecho Sembrando bienes y estirpando males! Siento en el alma impresas las señales De fe, de amor, tal vez por tu oración.

Bendita la plegaria no aprendida En que sollozan las sencillas quejas Que de tu pecho evaporarse dejas Al sol fecundo de amorosa fe. En forma de ángel yo la miro alzarse, Limpia del polvo en que se cubre el suelo: Y por llevarlo sin tropiezo al cielo, Baja una nube á sostener su pie.

II.

Sí, vé á rezar por mí: tú tienes tánto Que pedir por el alma que te adora.... Indigna de la tuya y pecadora, No bien se alzó para caer después.

Sólo tu amor y súplicas benignas, Rayo de luz que el corazón recibe, Podrán llevarla á donde tu alma vive, De vanas tentaciones al trayés.

Que sin tus preces, faltaráme aliento Para elevar la voluntad amante Sobre el lodo del mundo, repugnante Comercio del amor y la virtud.

Será tu ejemplo mi amorosa guía; Y mi fe se alzará á tus oraciones Como el alma dormida á las canciones Que al aire de la noche da el laúd. Orar es alcanzar! Ora ferviente Porque el cielo piadoso me conceda, Como frutos concede á la arboleda, Virtudes que protejan nuestra unión.

Y al caer apacible de la tarde, Cuando de ti la obligación me ausente, Levanta con la estrella de occidente Al cielo cariñoso tu oración.

Ella me traiga, cual el ave mística En el diluvio del olivo el ramo, Del alto cielo, tierno á tu reclamo, Tanta piedad cual necesito yo.

Y á tu voz, compañera de mi vida, Fresco reposo á la abrasada frente, Huirán las inquietudes de mi mente, Como nubes que el viento disipó.



EN LA SENTIDA MUERTE

DE LA NIÑA

ELENA ARAGON.

A UN abrigaba en cariñoso nido
Sus amores de niña dentro el pecho;
Y guardaban los ángeles su lecho
Como sus sueños de candor vestido.

Pero asomó á sus ojos no dormido Su espíritu: un guardián viólo, en acecho; Lo arrebató, y en el sidéreo techo Un astro nuevo apareció encendido. Está de entonces el hogar de duelo; Mas en las noches un lucero brilla Sobre el hogar desde el tranquilo cielo.

Recuerdo de la niña sin mancilla, Que, al trocar por la de ángel su existencia, Cedió la forma—conservó la esencia,



Á JOSÉ JOAQUÍN PALMA.

DE tu alma de artista vi Rodar lágrimas y perlas; Y al inclinarme á cogerlas, Arrodillado caí.

Nota á nota recogí
Los cantares y las quejas
Con que trasformado dejas
El corro de las pasiones,
Lo que era antro de leones
En un enjambre de abejas.

Vi temblar tu inspiración Como en la vela la llama, Como en el fin de la rama Tiembla en el aire un gorrión. El cristal del corazón Nunca enturbias con estrago; Y cuando lo surcas vago, Tu inspiración no lo daña: Ave que riza y se baña En los cristales del lago!

Tú llueves oro, y perfumas Cuando cantas el ambiente, Y orillas de la corriente Cuaja tu voz las espumas.

Los quetzales te dan plumas, Las abejas filigrana; Y al abrirse la mañana De tu mente soñadora, Despierta al amor y llora La virgen americana!

Proscrito del patrio suelo, Tus pesares adivinan Los ángeles que se inclinan De las almenas del cielo; Comparten tu desconsuelo, Y al acento de tus penas Conciertan sus cantilenas Con tus cantares cubanos, Ofreciéndote sus manos Para romper tus cadenas.

Tú, de recuerdos dispersos
Al alma formas un coro,
Y mil abejas de oro
Liban la miel de tus versos.
De sentimientos diversos
Hace la luz de tu mente
Un iris resplandeciente....
Y es Cuba, por ti cantada,
La odalisca aprisionada
En las historias de Oriente.

Detén aquí el derrotero De tu existencia, y verás Cómo, al calor de la paz Viste en flor el limonero. "Rompe el bastón de viajero"
Contra su tronco, y, la unción
En los labios, canta al son
De la brisa, ave canora,
Canta y resuelve en aurora,
La noche del corazón!

En esta tierra, la influencia
Del aire va al pensamiento,
Y el celeste firmamento
Se retrata en la conciencia.
¡ Alma y prado en florescencia!
El alba tiñe y desata
Perlas de escarchada plata,
Y en ramilletes de plumas
Irisadas las espumas
Dan vaho á la catarata.

Detén el paso errabundo, Y aparezca á medio día El sol de tu fantasía Sobre este suelo fecundo. Aquí, apartado del mundo, Curará la dolorosa Duda del alma, la diosa De la paz y del olvido: Aquí formarás un nido Á tus hijos y á tu esposa.

Mas si ya trazó el destino Un rumbo á tu planta inquieta, Si tu gloria de poeta Te señala otro camino,

Una canción, peregrino,
Deja aquí como memoria;
Y la guarden, por tu gloria
Y encanto de los oídos,
Del ambiente los sonidos
Y de las letras la historia!



MONTÚFAR MANUEL.





MONTUFAR MANUEL.

N ACIÓ en la capital de esta República en 1859.

Es hijo de un distinguido centroamericano, el Doctor don Lorenzo Montúfar.

Hace pocos años se trasladó á Guatemala, en donde ha servido cargos públicos importantes.

Lejos hoy en puesto diplomático que ocupa, Montúfar no ha podido enviarnos sus composiciones quizás recientes; nos conformamos, pues, con insertar á continuación las que hemos tenido el gusto de leer en la Galería Poética Centroamericana





À LA LOCOMOTORA.

ONSTRUO potente del ingenio humano,
Deja escuchar tu atronador silbido,
Tú que en el seno llevas comprimido
Del progreso el aliento soberano.

Burla el abismo, trepa las montañas Y actividad esparce por doquiera, Quemando la ignorancia en la caldera El fuego abrasador de tus entrañas.

Marcha, marcha por selvas y por valles Y á la patria que estuvo adormecida, Ofrece con tu grito nueva vida, Aliéntela tu voz y no te calles. Á tu paso retiembla el pavimento, Se transforma en ciudad el caserío, Y al soplo de tu inmenso poderío Desplómanse las celdas del convento.

Del claustro de abandono y soñolencia Huye el monje en su inercia sorprendido, Y aquellos muros torna su silbido En santuario del arte y de la ciencia.

Máquina inmensa, tú lo puedes todo, Tú conviertes las horas en instantes, Y al fulgor de tus ráfagas chispeantes Los pueblos se levantan dentro el lodo.

Y nada existe que vencer no puedas: Atraviesas por túneles los montes, Acortas los extensos horizontes Y agobias la miseria con tus ruedas.

Y tal es tu poder, que yo no dudo Que del cóndor y el águila altanera Le darás la altivez, en tu carrera, Al luciente quetzal de nuestro escudo. Cícople audaz, atleta soberano, Prosigue así con tu gigante anhelo É intrépido recorre el patrio suelo Cruzándole feliz de Océano á Océano.

Tus rieles sean paternales lazos, Y el ambiente ardoroso de tu hoguera, El poder sacrosanto que fundiera En uno, de mi patria los pedazos.

Deja tu marcha tan profundas huellas, Que á tu valiente empuje colosal Veremos en la América Central Un solo pabellón, de cinco estrellas,

Quiero levantes respetado solio Que agrande nuestra patria con la Unión; Quiero ver tremolando el pabellón En las torres del nuevo capitolio.

Ese vapor que la caldera exhala, Cruzando la extensión en un instante, Nos prueba que hay un genio que adelante Resuelto y firme impulsa á Guatemala. Siente el patriota entusiasmado el pecho Al ver la luz que brilla en nuestra aurora; No es promesa la audaz locomotora, No es mentira el progreso, ya es un hecho.

Cíclope audaz, atleta sobrehumano, Bien venido, mil veces bien venido Pues llevas en el seno comprimido, Del progreso el aliento soberano.



EN EL CEMENTERIO DE

RETALHULEU.

En la tumba de Valentín Escobar,

1

Una tumba junto á otras olvidada,
Un nombre y una fecha cincelada
En mármol arrojado sobre el suelo!

Todo es fúnebre aquí, todo misterio. ¡Cuál exhibe la muerte sus rigores! No tienen los sepulcros unas flores, Ni un sauce ni un ciprés el cementerio. Héme aquí, Valentín, donde la suerte Severa, sin piedad y sin clemencia, El hilo destrozó de tu existencia, Lanzándote en los brazos de la muerte.

Deber ineludible, deber santo, Vengo á cumplir desde lejana tierra, Al regar el sepulcro que te encierra Con las amargas gotas de mi llanto.

Más que un amigo cariñoso, hermano Fuiste tú, Valentín, en la existencia; Lo mismo en el dolor que en la opulencia Sincera me estrechó tu franca mano.

Mi voz adolorida y quejumbrosa Siento que oprime el lacerado pecho, Y quiero arrodillarme ante tu lecho, Y llorar sobre el mármol de tu fosa. Quisiera convertir mi triste acento En corona inmortal y perfumada, Y dejarla en la bóveda clavada Çual lleva tu recuerdo el pensamiento!

II.

¡Qué inflexible el destino en su carrera! Nos lleva inquebrantable por la vida, Como á Lot obligado en la partida, Y nos arrastra sin piedad, ni espera.

No miremos atrás, que la memoria Es sólo el ataúd de la esperanza; Si vemos adelante, en lontananza, Mentira son honor, y patria y gloria!

El rigor de la vida ¿ en qué se invierte? En trepar una senda en cuya cumbre No hay otro resplandor que el de la lumbro De los sirios humeantes de la muerte. Si tal es la existencia, entre más corta, Más benigna nos hace la jornada, Si un cadáver no importa al mundo nada, Ese mundo al cadáver ¿ qué le importa?

III.

Hay un poder secreto y misterioso tyre siempre nos empuja hacia adelante Y en vano le imploramos un instante De calma, de bonanza y de reposo.

Se quiere regresar porque perdido Tal vez el corazón quedó en la senda, Y no hay un solo ser que nos entienda, Ni existe otro consuelo que el olvido.

Olvidad y seguid, con ruda calma Un acento responde á nuestro acento, Y deja al corazón el sentimiento Y no rompe las fibras de nuestra alma. No es posible olvidar, á mi despecho, Mientras la sangre la existencia agite, No es posible olvidar mientras palpite Altivo el corazón dentro del pecho,

Así la senda de la vida sigo, Así yo cruzo el mundanal desierto, El alma entristecida, el paso incierto, Sin una sombra que me preste abrigo.

Pero fué, Valentín, otra tu suerte: Tu sino se mostraba placentero, Y de improviso, rudo y traicionero, Te abandonó en los brazos de la muerte.

Duerme, duerme tu sueño misterioso, Y perdona si acaso con mi llanto Interrumpo la paz del campo santo Destinado al silencio y al reposo.

Duerme, pues, que la vida entre más corta, Más benigna nos hace la jornada; Si un cadáver no importa al mundo nada, Ese mundo al cadáver, nada importa!









PACHECO EMILIO.

Si comparamos nuestro movimiento intelectual con el de Guatemala ó el Salvador, llegaremos á la convicción íntima de que nuestras huestes son poco numerosas, de que no hay el entusiasmo indispensable para el cultivo del arte por la idea. Contamos sí con cimas muy altas, con personalidades de reflexivo y laborioso talento, de ingenio luminoso y profundo; pero los soldados son pocos. Es que las circunstancias exteriores en que tienen que moverse los espíritus amantes del arte, todavía no son entre nosotros á propósito para que funcionen con energía las imaginamos se lejanas, para que la juventud pueda

dedicarse con empeño á producir las exquisiteces del buen gusto.

Es preciso tener amor decidido á la idealización artística para dedicar á ella unos ratos que de seguro se roban á las tareas ordinarias de la vida. Ese amor es el principio de la actividad poética, y sin él no habria ascendido la humanidad del rudo canto de los primeros tiempos á la sonata de Beethoven, del himno de guerra de la tribu bárbara á la enérgica estrofa de Lord Byron.

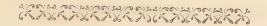
Y esa observación câbé perfectamente al empezar la semblanza de Emilio Pacheco, hijo apasionado de las bellas letras. Á él no se le podrán negar dos cualidades que resaltan por cima de todo: su fibra de libre pensador y el cultivo cariñoso que siempre ha prestado á las artes y muy especialmente á la poesía. Enamorado de las ideas extremas y de los arranques nobles, sus versos se apartan de la realidad negra, son el reflejo de un mundo fantástico, en que ella se convierte en esclava

que maneja á su antojo el artista, según las exigencias de su imaginación. La abstracción idealista es el punto saliente de los versos de Emilio, en los cuales se notan los calientes tonos de la musa romántica, el majestuoso estilo, grave, rotundo, distribuído en amplios y bien concertados períodos. Eso en cuanto al poeta.

Personalmente es un joven de veintiséis años, enemigo de las viejas instituciones, apasionado de las utopías, con un alma bondadosa, un corazón sencillo, casi infantil, un carácter jovial y una sonrisa franca. Su conjunto bien da á comprender que las tormentas de la vida no han dejado en su alma ese gusto amargo que hacía decir á Renán que este mundo es la pesadilla de una divinidad enferma.







MIS VERSOS.

Cl nido oculto en que yacéis dormidos, Las alas desplegad, tended el vuelo, Pobres versos del alma, do palpitan Las locas esperanzas de mis sueños.

Gritos de libertad, quejas profundas, Sombras del corazón, risas y besos, Todo se agita en ellos confundido, Que es nuestra vida así, combate eterno.

Pobres cantos del alma, versos míos, Cual aves en tropel, volad ligeros Hasta la casta alcoba donde mora La bella musa de mis locos sueños. Corred!... No os detengáis. Allí tan sólo Temblando refrenad el raudo vuelo, Y al oído contadle entre suspiros, De mi entrañable amor el sentimiento.

Nada otra cosa de vosotros pido, Que en la ambición sin fin de mi deseo, Jamás soñé con triunfos ni coronas, Pues siempre fué el amor mi único anhelo.





UNION CENTROAMERICANA. (FRAGMENTO).

A MI MAESTRO EL POCTOR

dan Farenza Mantifar.

De este siglo el destino portentoso,
No es por ventura encadenar la tierra:
Su evangelio sublime y luminoso,
La luz divina del progreso encierra;
Que es tu misión ¡oh siglo venturoso!
Amar la unión y maldecir la guerra,
Cantar la libertad, de uno á otro polo,
Y hacer del orbe entero un pueblo solo.

No ha terminado, no, la omnipotente Revolución que, á su hálito fecundo, Hizo al Monarca doblegar la frente Y la conciencia despertar del mundo; Pues mientras haya un pueblo solamente Que ignore su derecho, y cual inmundo Siervo, viva al oprobio acostumbrado, La Gran Revolución no ha terminado.

La América, es verdad, el yugo fiero Supo de España sacudir un día, Mas ;ay! de su conquista el rico fuero No pudo comprender cuanto valía. La discordia cual buitre carnicero Sus entrañas desgarra todavía, Y en tanto reine el fanatismo horrible ¡Oh santa Libertad!... no eres posible.

¡No supo libre ser!... que la sedienta Ambición y el pérfido egoísmo Aun la devora, sí, y aun hoy la alienta Con su hálito de muerte el fanatismo; Y para más baldón y más afrenta De tus hijos ¡oh América! ahora mismo Tiranos tienes de esa vil gavilla De Rosas, de Carrera y Veintemilla.

Mas ¡ay! el desaliento no por eso Agobie nuestras almas ni un instante; Tengamos fe en el siglo del progreso, Que nos empuja siempre hacia adelante. Centro América al fin el duro peso Del fanatismo odioso y repugnante Empieza á sacudir con rudo empeño Después de horrible, interminable sueño.

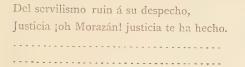
Por fin huyó de nuestro riente suelo
La tenebrosa turba malhadada:
Ya de esperanzas se ilumina el cielo
De nuestra hermosa patria, siempre amada;
Mas aun invade al alma el desconsuelo
Al contemplar por tierra derribada,
Al fiero empuje de codicia insana,
¡Ay! de la "Unión" la enseña soberana.

¡Cuántos por esa causa, héroes amados!... Barrundia, Morazán, Jerez, Cabañas, Soberbios adalides y soldados
De grandiosas proezas y campañas;
Víctimas fuisteis, héroes denodados,
Del servilismo artero y de sus sañas.
¡Ay! que la eterna gloria conquistada
Ha sido siempre así vilipendiada.

¡Salud oh Morazán! Mártir sublime De la sagrada causa del progreso.... ¡Cuánto dolor mi corazón oprime Al recordar de muerte tu proceso! Ese partido que jamás se exime En descargar de su injusticia el peso, Herirte pudo al fin, mas no á la idea, Que aquí en nuestras almas centellea.

De aquel gran día la radiante aurora
Fué con tu noble sangre salpicada. (1)
De hinojos en tu tumba hoy triste llora
El ángel de la "Unión", ¡oh sombra amada!
¡No comprendieron tu valer!.... ahora
La posteridad—nunca engañada—

^{(1)—}Morazán fué fusilado el 15 de Septiembre de 1842.



Cuántas veces mi espíritu en su vuelo En alas de mi afán, nunca logrado, Con ansias locas y entusiasta anhelo Feliz á Centro América ha mirado: Sin odios ni fronteras, con su suelo Por el noble trabajo fecundado: Y doquiera la luz, el movimiento, Surgiendo de la Unión al sacro aliento;

Y al través de las cumbres y pendientes Que el bello sol á trechos ilumina, Y do levantan sus enhiestas frentes El Tacaná, Turrialba y Cosigüina; Salvando abismos, valles y torrentes La chispa del telégrafo divina; Y esparciendo el progreso por doquiera La audaz locomotora en su carrera; Y ya del Istmo abiertas las entrañas,
Y unidos ya sus mares procelosos,
Atrayendo á su seno aun las extrañas
Gentes de nobles pueblos laboriosos;
Convertidas sus radas y montañas
En ciudades y puertos industriosos;
Y una, y libre, y fuerte, y soberana,
Cual cumple á un pueblo de la raza hispana.

Los pueblos todos en abrazo estrecho La libertad aclaman por doquiera; Que hoy sólo la Razón, sólo el Derecho En la conciencia de este siglo impera; Aun en vano, el pasado en su despecho Intenta detenerle en su carrera: Mentido esfuerzo, inútil poderío, Nunca en su curso retrocede el río.

Nada resiste ya, nada contiene La oleada deslumbrante del progreso: Ya el trono miserable á tierra viene Como aplastado por su inicuo peso. Hoy la conciencia, en Roma ya no tiene Su fe y su religión: no es ya el ileso Y sacro altar, do pueblos y naciones Inclinaban su frente y sus pendones.

¡Con qué dolor la Italia infortunada Todos sus pueblos repartidos vía, Sin fe. sin esperanza, abandonada Al yugo de inclemente tiranía! Rota á sus pies la poderosa espada, Que al mundo entero dominara un día: Su lira henchida de infinitas penas, Suspirando al rumor de sus cadenas;

Sufriendo á un tiempo el yugo vergonzoso
Del monarca y del fraile coligados;
Sus hijos más ilustres, sin reposo,
En extranjera patria desterrados;
Su cielo trasparente y luminoso,
De brumas y presagios desgraciados
Lleno, y el Dios del Vaticano en tanto
Lanzando el anatema y el espanto.

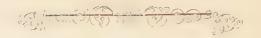
Tal era entonces tu terrible suerte, No tu destino ¡oh tierra venturosa! Que de tu lecho fúnebre de muerte, Libre y unida, grande y poderosa, Al genio sin igual, al brazo fuerte De Garibaldi, de tu sombra odiosa Debías de surgir ¡oh Italia amada! Envuelta en luz, de lauros coronada.

Por todas partes la fecunda idea Los pueblos eslabona y fortalece: Allá en el Norte, unida se endiosea La Gran Nación que á América engrandece. La Alemania pujante y gigantea, También al rayo de la Unión florece, Pues, doquiera que brillan sus fulgores Tiende la Paz sus brazos redentores.

Y entre tanto, nosotros ¿qué hacemos?... ¿En nuestra eterna y sin igual contienda, Un Garibaldi acaso encontraremos, Que nos abente, guie y nos defienda?.... Ardiente fe en el porvenir tenemos, Mas ciega á algunas almas negra venda De incertidumbres, dudas y temores, Que les impide ver sus resplandores.

Este gran siglo en su inmortal carrera, Á su ocaso se inclina lentamente,
Dejando en su camino por doquiera
De luminosos triunfos un torrente;
Antes que se sepulte, antes que muera,
Y el nuevo siglo nazca refulgente,
Alzad ¡poetas de la raza hispana!
El himno de la "UNIÓN AMERICANA".





DECIMAS

recitadas por su autor en el concierto dado á beneficio de la señorita

Marcelina Lonzalez.

Cuando sublime emoción
Agita el fondo del alma;
Cuando huye la odiosa calma
Y despierta el corazón;
Cuando en grata confusión
Y en dulcísima armonía
Se oyen brotar á porfía,
Tiernos arrullos que halagan,
Rumores que al alma embriagan
De esperanzas y alegría,

Entonces, con hondo anhelo, Sacude el alina el marasmo Y en alas del entusiasmo Se eleva hasta el mismo cielo; Por eso ahora en mi desvelo Es tan grande mi emoción, Que en esta hermosa ocasión Y en este grato momento, Se ofusca mi pensamiento Y anúblase mi razón.

En vano mi pecho ansía
Por expresar lo que siente,
Hoy que quisiera en mi frente,
Ostentar con hidalguía
La luz de la pocsía;
Hoy que extasiado contemplo,
Del Arte en el sacro templo,
Hechiceras, peregrinas,
Á tantas musas divinas,
De amor y virtud ejemplo.

Mas ay! si en mi ansia infinita
No encuentra, no, mi canción,
Todo el fuego é inspiración
Que en vuestras almas palpita;
Ved en tanto cuál se agita
El concurso generoso,
Que henchido de noble gozo
Al escuchar vuestro acento,
Con júbilo y ardimiento
Hoy os aclama orgulloso.

No desmayéis ni un instante En vuestra noble porfía, Que el genio os alumbra y guía Por vuestra senda radiante; Seguid, seguid adelante Conquistando con ardor Del Arte el sacro fulgor, Vosotras que por doquier Sabéis cual ningunas ser Nuestra gloria y nuestro honor. Vuestras notas y cantares Semejan en sus rumores Las brisas de los alcores, Las quejas de los pinares; Remedan de los palmares El lánguido murmurar, De la alondra el gorjear, El bélico son de guerra, Las cóleras de la tierra Y las borrascas del mar.

Seguid, seguid con tesón
Y entusiasmo soberano,
Arrebatando del piano
Raudales de inspiración,
Que es bella y grata misión
Llevar con amante anhelo,
En una nota el consuelo,
Que al mundo haciendo olvidar,
Convida el alma á soñar
Con las vírgenes del cielo.

Y cuando tú, Marcelina, De gracia y encantos llena Apareces en la escena Como visión peregrina; Cuando tu voz argentina Hiere los ciclos cambiantes, Cuando las notas brillantes De tu garganta desatas Cual límpidas cataratas De perlas y de diamantes,

Entonces ;ay! por doquier
Levantas el sentimiento,
Que es inefable tu acento
E infinito su poder;
Y hoy que en tu sien vese arder
Del genio llama esplendente,
Quisiera para tu frente
Radiante de poesía,
Las rosas de Alejandría
Y los laureles de Oriente.

Quisiera en mi anhelo darte, Entre aplausos y loores, Las más pintorescas flores De los verjeles del Arte; Quisiera poder enviarte En esta grata ocasión, Hoy que mi pobre canción Por vez primera levanto, Un idilio en cada canto Y un canto en cada expresión.

No desmayéis ni un instante,
De Euterpe ¡oh dignas hermanas!
Pasad con orgullo ufanas
Por vuestra senda radiante;
Seguid, seguid adelante
Conquistando con ardor
Del Arte el sacro fulgor,
Vosotras que por doquier
Cual ningunas sabéis ser
Nuestra gloria y nuestro honor.



COMPOSICIÓN

RECITADA EN EL CONCIERTO DADO Á BENEFICIO DE

CARMEN FERNÁNDEZ.

ija mimada del divino Apolo
Deja en este momento
Que interpretando sólo
Del público entusiasta el sentimiento,
En este augusto asilo de las musas,
Cuajado de bellezas por doquiera,
Levante á ti mi juvenil acento,
Del justo aplauso la expresión sincera.

Deja, musa hechicera, Que admire de tu genio el poderío, La inimitable gracia de tu boca Nido de arrullos, urna de ambrosía Do escondes á porfía Rojos corales y menudos dientes, Más blancos y lucientes Que las gotas temblantes del rocío.

Tus negros ojos que apacible baña El mismo cielo con su lumbre pura, Tu saleroso rostro y tu apostura, Dicen ¡oh bella Carmen! claramente, Que eres tú hija de la madre España, La tierra noble y riente Del bolero, la jota y la guitarra, Donde á la par fulguran por doquiera, La gracia, y el amor, y la hermosura.

Hija agraciada del hispano suelo, Á tus dulces acentos Y al mágico poder de tus hechizos, Despiertas los dormidos sentimientos, Sacudes el marasmo en nuestras almas, Y con ardiente anhelo, Arrebatar las haces, fulgurante, Como Beatrice al Dante, Á las esferas límpidas del cielo.

1

Ah! Si la Fama con su trompa de oro
Ha tiempo que pregona
De tus gracias sin fin todo el tesoro,
Permite; oh Carmen! que también te cante,
Y que en tan grato instante,
Sobre tu frente altiva y hechicera
Coloque esta corona,
Del noble triunfo la expresión sincera.



DISCULPA.

(A Rosita Gutiérrez.)

Lace ya tiempo que ofrecí escribirte Unos versos en tu álbum: no he cumplido; Mas la causa no ha sido De mi musa indolente la desidia, Que hasta de mí mismo siento envidia, Sólo al pensar que en mis ingratas rimas, Piadosos como siempre y sin enojos Se lleguen á fijar tus lindos ojos.

Á hablarte voy con mi-genial franqueza: Aunque soy descuidado En mi modo de ser, jamás he dado Pábulo á la pereza; Si no te he escrito, como yo quería, Todo un poema en verso delicado Á las gracias sin fin con que natura Ha sabido adornarte, No es porque carezca De amor ó sentimiento, Que es mucho el poderío De tus dulces hechizos y talento.

. * :

En tratándose Rosa, de esos seres Mitad querubes y mitad mujeres, Que en todo el esplendor de su belleza, Con gracia y donosura, Ostentan como tú sobre la frente La aurora del amor y la hermosura; En tratándose de eso, ingenuamente Te diré de una vez que soy perdido, Pues, por cualquiera de vosotras, Rosa, Tan jóvenes y bellas, Una y cien veces diera decidido, Con toda la pasión de mi alma tierna,

Los laureles y el oro de este mundo Y hasta la gloria eterna.

Haciendo á un lado inútiles rodeos,
La causa te diré que me ha impedido
Cumplir con mi promesa mis deseos:
Cuando sediento el corazón, Rosita,
Lucha sin esperanza y sin consuelo,
Y cuando en vano en nuestra eterna noche
Buscamos unos inefables ojos,
Que piadosos nos muestren
Con sus miradas el fulgor del cielo,
Entonces, es mentira,
La mente ensueños de arrebol no crea,
Enmudecen las cuerdas de la lira,
Muere la inspiración, huye la idea.

Por eso ha mucho tiempo que no escribo Ni un cuarteto siquiera, Que en mi insondable duclo Contemplo por doquiera, Oscuro, y triste, y desolado el cielo, Y sin flores, ni pájaros, ni arrullos La verde y fecundante primavera.

En fin, qué he de decirte
En mi anhelo profundo?
—¿Que eres, Rosita, cual tu nombre bella,
Gentil y peregrina?
(Si eso te lo ha dicho todo el mundo....!)
¿Que en tu mirada, plácida destella
La aspiración divina?....
¿Quién acaso lo ignora,
Si yo mismo á tu lado
Trocarse siento mi perenne hastío
En apacible y deliciosa aurora!

Voy á concluír por fin, y nada he dicho De esa gracia sin par, que puesta al piano Con donaire despliegas
Al poderoso impulso de tu mano,
Y nada de esa languidez que asoma
Por tu hechicera faz de grana y lirio,
Cuando al cielo levantas
Tu melodioso acento
Más dulce que el gorjear de la paloma,

Dispensa, pues, y no me inculpes Rosa De mal comportamiento, Que en vano lograría Darle vida y calor en armoniosa Y delicada rima De mi alma al sentimiento.



EN EL ALBUM

DE MI PRIMA

Melnisu.

Heloísa: hacerte versos No es para mí sacrificio, Que en tonos siempre diversos Los hago más bien por vicio.

Ni á otros como yo, tampoco Con tu petición inquietas, Que de locos y poetas Todos tenemos un poco. Mas, te hablaré con franqueza: Si no pudiera, á fe mía, Cuatro noches pasaría Rompiéndome la cabeza.

Que complacerte con algo Sería para mí gran dicha, Pues bien sé, por mi desdicha, Que nada tengo ni valgo.

Ya que no un tierno idilio, Que jamás hacer podré, Como que me llamo Emilio, Cien versos te escribiré.

¡Versos, versos!... ¡Qué locura! Infeliz quien los hiciere, Pues, ya la Literatura De frío y de hambre se muere. De este siglo tan fecundo Por los inventos del hombre Y la libertad del mundo, Este axioma no te asombre:

"Sólo el oro vale y brilla". (Esto te digo á pesar Que acaban de coronar En la Alhambra al gran Zorrilla.)

Olvidando por mi parte Esta verdad de cajón, Que nos causa honda aflicción À los amantes del Arte,

Te diré, que si no fueras Como eres tú, prima mía, Tu talle compararía Con las gallardas palmeras: Tus mejillas con las rosas, Tu boca con una guinda; Diríate en fin mil cosas Como á una novia muy linda.

Porque según yo colijo, En un primo nunca cabe Que á su prima mucho alabe Como aquél que amante dijo:

"Mi prima era muy bonita; Yo no sé por qué razón Al recordarla palpita Con violencia el corazón."

El autor que eso dijera, Razones tal vez tendría: Además, se puede hoy día Pensar de cualquier manera. Por lo que hace á mí, sin pena, Te diré la verdad llana: Te quiero como á una hermana, Como á una hermana muy buena:

Porque siempre eres conmigo Expansiva y cariñosa; Porque eres tan salerosa, Que no te enojes si digo

Que atrás bien puedes dejar, Por tu talla y bizarría, Á las hermosas sin par Muchachas de Andalucía.

Que otros, pues, afortunados Trovadores del amor, Á tu presencia inspirados Te canten con noble ardor,

Y refiriéndose á ti, Digan con brillante estilo: ¡No se ha perdido, que aquí Está la Venus de Milo!

Ú otras cosas semejantes, Pues por tu gracia suprema Asuntos tienes bastantes Para inspirar un poema.

Si por tu mala opinión Encuentras exagerados Estos versos arrancados Del fondo del corazón,

Te diré, por más que sea Una salida importuna, Que versos no haría á ninguna Para decirle que es fea; Pues, según cuenta un doctor, Tratando de la mujer, Esa es la injuria mayor Que un hombre le puede hacer.

Heloísa: muchos más Versos en tu álbum pondría, Mas fuera *gorronería* No dar campo á los demás.

Si curiosa los reparas Verás que he sido cumplido, Á pesar que me he metido En camisa de once varas.





A la señorita

M. B. G.

Del mar Egeo,
Ambiente puro del florestal,
Nube dorada,
Incienso, luz,
Onda irisada
De lago azul
Y blanco lirio del manantial,
Eso eres tú.



A

M. A. T

stentas, bella, agraciada,
En tu rostro, María Aurelia,
La albura de la camelia,
El carmín de la granada;
Y en tu boca sonrosada
Ha fabricado Cupido
De blancas perlas un nido,
Donde palpitan traviesos
Entre perfumes de flores,
Tropeles embriagadores
De arrullos, cantos y besos.



PATINANDO.

Cual de aves bandada hermosa Las vi pasar una á una; Angela, tú cual ninguna, Bogabas gentil y airosa, Cual cisne en mansa laguna.

¡Quién á describir se atreve La gracia que te hechizaba? Allí como el junco leve, Tu talle flexible y breve Airoso se balanceaba. Aérea, gallarda, orgullosa, Vagabas por donde quiera, Aun más bella y caprichosa Que la fugaz mariposa Que cruza por la pradera,

Por eso al mirar tu vuelo, Con loco é inefable anhelo Me decía en sorda guerra: ¿Vendrá del cielo á la tierra, Ó irá de la tierra al cielo?....

Sigue, sigue, niña hermosa, Sigue, sigue en tu carrera, Aérea, gentil, veleidosa, Cual la fugaz mariposa Que vuela por la pradera.



En el Teatro.

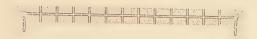
.i....

Cuántas bellas sin par en la morada De Euterpe y de Talía!...Impaciente La vista fijo ansioso do esplendente Fulgura como un sol su rostro de hada:

Desnuda la garganta nacarada, Temblando el albo seno mansamente, La sonrisa en los labios, y la frente Por abundantes rizos coronada. ¡Qué hermosa, qué gentil, bendita sea!.. Todos exclaman al mirar sus ojos, En tanto que graciosa juguetea,

Sin sospechar del mundo los antojos, Fugaz sonrisa por sus labios rojos Donde su alma inocente centellea.





Controver Funtations.

Cuando á la escena salerosa llega Y alza su acento henchido de dulzura, Del alma arranca la glacial tristura Y á los ensueños del amor la entrega.

Gracia, donaire y majestad despliega En su hechicera faz y en su apostura, Y ostenta ufana en su marcial figura Las puras líneas de la estatua griega. En "El Hermano Baltasar" fascina, En"Las Campanas de Carrión" encanta, Y arrulla y juega con su voz divina, Que un nido de canario es su garganta.

¡Feliz mil veces la que así camina Hacia el Olimpo con serena planta!



and the second of the second of the second

Amer verdadera.

(ORIENTAL.)

— Cuando amorosa se va Tu mirada hacia mis ojos, Póstrase mi alma de hinojos, Como en presencia de Alá.

Tus ojos, Zoraida, al ver, Extinguen mi fiero ardor, Que es invencible el poder De tu mirada de amor. Á su luz quédome incierto, Que entonces fáltame el brío Que le sobra al pecho mío En las lides del desierto;

Pues, ni en el rudo fragor De la liza—al sol ardiente— Mi corvo alfanje luciente Lanzó tan bello fulgor,

Como el que brota á porfía De tus ojos seductores, Por donde ve el alma mía Del ciclo los resplandores.

Ah! si cediendo á mi loca Pasión, con amante exceso, Me dieras tan sólo un beso De los que guarda tu boca! Ciego entonces de alegría, para pagar tal favor, Dejara la Arabia mía Y á ti, Zoraida, mi amor;

Y haciendo al mundo la guerra, Para ti iría á arrancar Los diamantes á la tierra, La perlas al ancho mar;

Y después, ¿sabes, después
Lo que haría en mi pasión?.....
Arrancarme el corazón
Para ponerlo á tus pies.

Así mostrábale ardiente Alí su pasión fogosa Á la mora más hermosa De las sultanas de Oriente. Cediendo al sentido acento Del apasionado Alí, Con inefable ardimiento Hablóle la mora así:

—Para pagar los quemantes Besos que guarda mi amor, No es preciso el esplendor De las perlas y diamantes.

Nada de eso á mí me halaga; Tu cariño sólo quiero, Porque el amor verdadero Sólo con amor se paga.



3-8-4-3-4-6-6

Sombras.

1.

Amame por piedad, sé tú la musa De mi infinito amor ¡luz de mi vida! Y serán para ti todos mis cantos Y todo el fuego que en mi pecho anida.

Ebrio de amor, radiante de ventura, Te diera mi alma y mi existencia loca, Por un suspiro de tu ebúrneo pecho, Por sólo un beso de tu linda boca. Y orgulloso después, y delirante,— De mi pasión en el inmenso anhelo,— Quisiera entonce entre mis brazos verte, Y así contigo remontarme al ciclo!

II.

En su mirada había el sello De un infinito pesar; De pronto echóseme al cuello Y rompió loca á llorar.

Qué tienes? la interrogué, Sin saber lo que pasaba; À mi demanda lloraba, Lloraba, no sé por qué.

Estaba ¡oh Dios! tan hermosa, Que de amor en el exceso Temblando dejéle un beso En su mejilla de rosa. Al punto encendida y bella, Desprendiéndose de mí, Exclamó: véte donde *ella* Y no me beses así.

Cayendo á sus pies de hinojos Pedíla entonces perdón, Y temblar sentí en mis ojos Lágrimas del corazón.

III.

No sé con qué tristeza

Aun su recuerdo mi memoria evoca!

Cuando la conocí sólo tenía

Diez y ocho abriles la hechicera joven;

Por única riqueza,

Valiosas perlas de su linda boca,

Y un talle tentador y peregrino Todo gracia, donaire y gentileza. Mas la miseria á sorprenderla vino; El mundo entonces persiguióla insano;

Y así, no de otro modo Que cual cansada, débil mariposa, Pliega sus alas y abandona el cielo Para hundirse cadáver en el lodo, Cayó temblando en ese horrible abismo Do se venden con lágrimas ó engaños El amor, la virtud y el pudor mismo.

¡Y el mundo desprecióla, Y vivió miserable Cual crisálida inmunda por el suelo; Mas su alma pura remontóse al cielo....!

IV.

Qué triste es ¡ay! al corazón que adora Luchar sin fe, sin esperanza alguna, Y ajeno á todo, á todo indiferente, Mirar desvanecerse lentamente Sus bellas ilusiones una á una.

Si comprendieras lo que yo he sufrido, Piedad tendrías de mi suerte insana. ¡En tu dulce recuerdo sumergido, Cuántas veces la luz me ha sorprendido, La luz crepuscular de la mañana!.....

Y te amo, te amo con la fe sincera Del más rendido y cariñoso amante, Con ese amor inmenso que encendiera La espiritual Beatriz, musa hechicera, En el sublime corazón del Dante.

En vano, en vano detener podría De mi entrañable amor la llama ardiente, Que aun en las sombras de la noche fría, Cual célica visión que Dios me envía, Más bella me pareces y esplendente. Sé que tu corazón tierno, inocente, Nido es de amor, de ensueños y ternura, Que jamás el rencor nubló tu frente, Porque apacible, bella y trasparente Es como el cielo tu conciencia pura.

l'iedad, piedad, que es mucho mi tormento; Perdóname mi error, no mi falsía, Para que ufano pueda en un momento De ventura, de amor y sentimiento, Llevarte al corazón ¡oh ingrata mía!

V .

Sé que no me amas, lo sé
Por tus labios de coral:
¡Qué importa!... yo te querré
Con un amor siempre igual.

De esta batalla sombría
Quién ay! será el vencedor?
Si es mucho tu odio, alma mía,
Es aun más grande mi amor!

VI.

Por el ancho salón, á los acordes De un vals arrobador, se deslizaban Radiantes de ventura las parejas.

Ella, mi amor, que ha tiempo me robara El corazón, como ninguna hermosa Entre todas espléndida brillaba.

Ansioso con la vista la seguía Entre el vaivén de la revuelta danza, Y desdeñosa, altiva y hechicera Á cada instante cerca á mí pasaba. Todo era fiesta allí, todo alegría, Bullicio encantador, músicas, zambra, Que en lo más hondo de mi pecho, entonces Como befa terrible resonara.

Aun no sé cómo, mas la noche toda Inmóvil la pasé como una estatua, Entregado á mis locos desvaríos Y fija en *ella* la tenaz mirada.

¡Qué sólo estaba allí! Aun ahora mismo, Al recordarlo se me oprime el alma, Que nunca ¡oh Dios! senti tanta tristeza Como en la noche de esa alegre danza.

VII.

Se adoraban los dos: castas palomas Que ignorando del mundo las quimeras, En alas de su amor se remontaban Á la región azul de las esferas. Á su feliz amante ella amorosa
Arrulla sin cesar con sus gorjeos;
Pero la envidia aguija a un viejo rico,
Que al mirarla tan bella, arde en deseos;
Y como buitre artero,
¡Oh poder invencible del dinero!
Sin escuchar sus quejas de paloma,
La arrebató inclemente
I ellado de su dulce compañero!

VIII.

La lúgubre es la existencia En la edad de la ilusión, Cuando ha huído la esperanza. Del fondo del corazon!.....

IX.

(FILOSOFÍA DE SCHOPENHÁUER.)

Qué es la vida?—Una comedia, Una comedia, y no más, Do el Interés y el Engaño Van cubiertos de antifaz.

Es el mundo la ancha escena, La mujer, primer actor; Que en esta revuelta humana Quien más engaña es mejor.

Χ.

Legándose á mi lado, presurosa Me arrebató mis caros manuscritos. Leyólos anhelante, Y al punto vi que despiadada hacía Entre sus dedos de marfil y rosa
Mis versos mil pedazos,—
Aquellos tiernos versos donde había
Dejado mi alma impresa.
Lleno de honda sorpresa
Preguntéle á mi amada
La causa de sus íntimos enojos,
Y alzando picaresca aquellos ojos,
Más bellos que la luz de la alborada,
—Pierde, me dijo, dudas y cuidados;
No quiero que hagas versos,
Porque sé bien que todos los poetas
Son siempre como tú muy desgraciados.

XI.

(DESENCANTO.)

Era ayer tímida joven, Pobre, humilde, ruborosa, Sencilla cual la violeta, Y cual la azucena hermosa,

La aurora lucía en sus ojos, Radiaba en su frente Dios; Era una virgen del cielo, Y un himno dulce su voz.

Después en el teatro vila. ¡Qué bella y lujosa estaba! Mas no radiaba en su frente La aurora que antes radiaba.





UN RECUERDO À LA MEMORIA DE LA SEÑORITA

I.

Brilló tan sólo un día,
Que al empezar la vida, sin aliento
Cayó pálida y mustia,
Cual las tempranas flores
Que arrastra sin piedad el raudo viento.

II

¡Oh ensueños de la loca fantasía, Oh mágicas quimeras!.... ¡Cuántas veces dichosa La vi pasar, radiante De luz y poesía

Entre la alegre turba deliciosa

De sus bellas y amantes compañeras,

Mostrando ufana en su apacible frente

La aurora esplendorosa De quince juveniles primaveras!

III.

Despues tambien la vu mas ¡ay! la escena Que entonces á mis ojos se ofrecía

No quisiera contarla.

Que aun el recuerdo sólo
El corazón me oprime y envenena.
En la edad juvenil de los amores,
Aquella joven de inocencia llena
De su amoroso hogar dulce consuelo—
Ya inmóvil en un túmulo vacia,

Coronada la sien de níveas flores.

Y el rostro de azucena Entrecubierto con un blanco velo.

Oh amarga realidad, oh triste suerte! Al entrar á la vida celebraba. Las bodas misteriosas de la muerte.

IV.

Pasó esa noche de dolor y llanto Henchida de sollozos y misterio; Después joh desventura! Opreso el corazón de honda amargura, Por único consuelo, en nuestros hombros,

> A enterrar la llevamos Al santo cementerio.

Allí de pie, en presencia De la inclemente fosa. Que presta á devorarla ya se abría, De nuevo comprendí, no sin despecho. La triste realidad de la existencia, En tanto que á pedazos jayl-sentía El corazón saltárseme del pecho.



EL PERIODISTA.

Sublime es del escritor
La misión, cuando quebranta
Al infame adulador
Y cuando altares levanta
Á la Virtud y al Honor.

Mas si cobarde y servil, Befa, calumnia é insulta, Y cual aleve reptil Luego arrástrase sutil Y entre las sombras se oculta, Entonces aquese inmundo Y mezquino corazón, Sólo merece del mundo Ó el desprecio más profundo Ó la mayor compasión.

De su pluma está hecho el tajo De adulación y diatriba, Y tiene ¡noble trabajo! Aplausos para el de arriba Oprobios para el de abajo.







EN SU

CUMPLEAÑOS.

Poeta quisiera ser De fácil inspiración Para poderte ofrecer Mi lira y mi corazón.

Que hoy hechicera y gentil Te yergues con ufanía Á los besos que te envía Uno y otro, y otro abrila Sé feliz con las quimeras É ilusiones de tu mente, Hoy que coronan tu frente Diez y siete primaveras.

* *

En tu acento hay la armonía Del beso, arrullo y gorjeo, Y la dulce poesía De la cítara de Orfeo;

Y hay tal ritmo, si te meces En tu talle delicado, Que esbelto lirio pareces Por el aura acariciado.

*

Sé feliz, niña divina, Niña de ojos tentadores, Que tu planta ahora camina Por una senda de flores. Sé feliz, musa hechicera, Derrama la inspiración, Y disipa por doquiera Las sombras del corazón.





EL ARTE.

Composición recitada en la Sociedad "El Porvenir".

Ī.

Un nuevo cielo ilumina
El fondo de nuestro ser;
Sus dioses desparecer
Harán la fe que declina;
Nuestra alma á su luz divina
Alza su vuelo anhelante,
Que en ese cielo radiante
Fulguran como luceros
Los Newtons, Byrons, Homeros,
Los Víctor Hugo y los Dante.

Si de los cielos paganos Los dioses también huyeron, Si Apolo y Venus se hundieron De la sombra en los arcanos, Esos genios sobrehumanos Han llegado hasta escalar Su Olimpo, do harán brotar La verdad en las conciencias: Hoy las Artes y las Ciencias Tienen su culto y su altar.

H.

¡Genios de la Poesía: De vuestras sonantes liras Terribles lanzad las iras Contra la vil tiranía; Haced surgir á por fía El Amor, la Caridad, La Paz y la Libertad, Y recoged con pasión Las lágrimas de aflicción Que vierte la humanidad! III.

¡El Arte! Luz que ilumina Y da formas á la idea; Su espíritu centellea En Fidias y Palestrina. ¡Oh Italia, patria divina De Buonarotti inmortal, Que su genio sin igual Dejó por siempre radiante En la epopeya gigante De Dios en la ira final!

Allí fecundo abarcó,
Ese titán sobrehumano,
A todo el destino humano
Que el Dios airado trazó;
Allí su pincel grabó
Inexorable al Eterno,
Y el retemblar sempiterno
De la caterva insensata,
Que en revuelta catarata
Se precipita al infierno.

Otro genio, Rafael, Á Dios alzando su vuelo, En los colores del cielo Empapó su albo pincel, Que ningún otro cual él La belleza sorprendió Del Arte, que le inspiró Sus vírgenes sin igual. También el Arte inmortal Su genio divinizó.

IV.

Las musas de tus verjeles
Por siempre huyeron ;oh Atenas!
Mas hoy libre y sin cadenas
Ciñes tu sien de laureles;
Lord Byron tus penas crueles
Lloró con santa emoción
Al beber la inspiración
Que se exhala de tus ruinas,
De tus fuentes cristalinas
Y tu muerto Parthenón.

En mis delirios te miro Vagando por tus colinas Aun en medio de tus ruinas ¡Oh sacra musa! te admiro. Por tu infortunio suspiro En bonda melancolía.... ¡Oh Grecia, Grecia sombría, Del Arte pristina aurora, Tu muerte por siempre llora "El ángel de la Poesía"!

V.

Mas lanzó el Renacimiento Sus rayos por todas partes Y esplendorosas las Artes Brillaron, y el sentimiento. ¡Oh eterno, eterno momento En que el verbo se animó; El alma la luz bebió En las fuentes de la Ciencia, Y al despertar la conciencia El hombre se libertó.

VI.

Hoy la Francia refulgente Ostenta con hidalguía La corona que ceñía La noble Grecia en la frente; Porque el Dios Omnipotente Su inmenso seno inflamó, Y potente de él surgió, Como nueva redención, La enorme Revolución Que por doquiera brilló.

Desde entonces inmortales
La Ciencia y la Poesía
En unísona armonía
Vierten su luz á raudales.
Tus ingenios colosales
Son ¡oh Francia! los campeones,
Que levantan los pendones
De los principios radiantes
Con que se yerguen triunfantes
Las nuevas generaciones.

VII.

Como virgen soberana
Sobre el azul de los mares,
La América sus cantares
Levanta también afana;
De laureles engalana
Su frente de alteza llena,
Porque amante la enajena
La luz que el cielo le envía;
Porque con noble hidalguía
Supo romper su cadena.

Mas si la América fué
Esclava un tiempo de España
Hoy ya sin odios ni saña
En ella á una madre ve;
Y mientras tanto alboree
La luz de la Libertad,
La Unión y Fraternidad
Esplendentes surgirán
Y una República harán
De toda la humanidad.

VIII.

A esos genios tutelares
Alcemos con santo anhelo
Nuestro acento bajo el cielo
De esta "virgen de los mares":
Que el poeta sus cantares
Deje por siempre oir.
Y habrán así de surgir
Las Artes, la Poesía,
La esperanza, la alegría
Y el radiante porvenir.



Juan Santamaria.

---:0:--

(A don José Astúa Aguilar.)

I.

Jamás, jamás mi musa En su ambición ingente Aduló al grande ni halagó al potente.

Hoy anhelante con sonora estrofa, Cantar quisiera al héroe denodado, Al oscuro soldado De nuestra heroica nacional campaña Que, de la horrible lucha En el supremo instante, Con ínclito valor y noble saña El llamamiento de la Patria escucha. Quiero cantar al héroe aun olvidado. Al gran Santamaría, Que en alas de su genio conducido— De la nada social donde yacía— Se alzó trasfigurado Al cielo esplendoroso de la gloria, Sellando con su muerte la victoria.

H.

¡Oh inolvidables tiempos
De virtud y heroísmo!... La insana
Audacia del cruel filibustero
Que á Nicaragua, la nación hermana,
Á muerte condenaba y servidumbre
Al golpe inevitable de su acero,
De Costa Rica á los valientes hijos
Condujo á la pelea;
Aun más que de pertrechos
Formidables, armados
Por el escudo de sus anchos pechos
Y por la alteza de su noble idea.

III.

Era el once de abril. ¡Glorioso día!....
Los bélicos y fieros
Ejércitos que osaban,
Cual buitres carniceros,
Cebarse en nuestros pueblos y praderas,
Parapetados tras el fuerte muro
Del Mesón invencible,
En Rivas ¡ay! diezmaban
Nuestras invictas huestes altaneras.

¿Cómo vencer entonce el enemigo? ¿Cómo volar ese edificio horrible, Si en tan duro momento Nuestras marciales tropas carecían De recursos, pericia y armamento?

Mas en tan triste y apurada suerte, ¡Oh hermosa Patria mía, Sobraban corazones esforzados Prestos su vida á dar por defenderte!.... En medio del rugir de la metralla, Del hondo espanto, confusión y muerte, Se alzó con energía La voz del bravo Cañas que decía: - Entre tantos valientes habrá alguno Oue ose sacrificar su vida, yendo El Mesón á incendiar?—Resueltamente, -Yo-al punto contestó Santamaría, Intrépido saliendo; -Mas les encargo -con ternura dijo-No olviden á mi madre. Y aquel heroico hijo De la Patria, con noble continente. Serena la mirada, Alta la oscura frente De enmarañados crespos coronada, Y el pecho henchido por su ingente idea, Hacia el Mesón temible De do surgía inclemente La muerte asoladora,

Se adelantó impasible Blandiendo al aire la fulmínea tea.

¡Patético y sublime fué ese instante! Aquel héroe esforzado, Por la flameante lumbre Y por la luz de Dios iluminado, No fué ya entonce mísero soldado, Era de nuestra Patria El genio vengador trasfigurado.

El rayo fiero del potente Marté
Los ámbitos atruena por doquiera,
Mas ay! todo es en vano,
Que nada habrá que en su inmortal carrera
Detenga ó intimide
Al nuevo Ricaúrte americano.
Una bala de pronto el brazo fuerte
Do fulmina la tea
Le hiere, mas ¿que importa?
Si libre aún le queda la otra mano
Para vengar la Patria

Y desafiar hasta la misma Muerte;
Hacia ella se adelanta presuroso:
Del edificio al muro se encarama,
Préndele fuego, y la rojiza llama
Se aviva y se retuerce
Lamiendo y devorando el alto techo
Que cruje y se desploma,
Entre el terror del enemigo odioso
que en medio del incendio, á su despecho,
Enfurecido se revuelve y brama.
Ay! otra bala le atraviesa el pecho
Al ínclito soldado,
Y á tierra viene ese héroe belicoso
Á quien la Patria con justicia aclama
Como á su hijo más noble y valeroso.

IV.

Así supo morir en ese día El gran Santamaría. ¡Loor por siempre á su inmortal memoria Y que su hazaña noble y gigantea, En nuestra Patria sea Ejemplo eterno de enseñanza y gloria!



Imilda Lambertazzi.

(LEYENDA ITALIANA.)

(A María Teresa, Angela y Caridad Quesada.)

Vosotras que sois todas poesía
Me pedís unos versos! quién diría!
¿Os gustan las leyendas romanescas
De bravos y de apuestos caballeros;
Las justas pintorescas
De jóvenes guerreros;
Os encanta ese idilio
De Julieta y Romeo;
Las espléndidas fiestas del torneo;
Las citas y los duelos,

Allá á la media noche, á la dudosa
Y tenue luz de la apacible luna,
Y esos cuentos é historias peregrinas
De que la vieja Italia está poblada?
Pues voy, hermosas, á contaros una
Que en mi alma honda impresión dejó grabada.

Imilda Lambertazzi, graciösa Y noble niña boloñesa, había Con Bonifacio Gieremei amores. No obstante los rencores Que ha tiempo á sus familias dividía

En adorable cita sorprendidos
Por los crueles hermanos
De la joven, apenas ella pudo
Apresurada huír, no así el donoso
Y esforzado doncel, que en lucha cruenta
Herido, agonizante,
Cayó por fin rendido á los certeros
Golpes de sus aceros.

Al trágico lugar corre al instante La bella enamorada, Do encuentra aún palpitante— Lívido el rostro y desangrado el pecho— El exánime cuerpo de su amante.

Por la pasión inmensa alucinada, Su sangre en vano restañar ansía Aplicando los labios á las hondas Heridas, y absorbiendo La que en su pecho destrozado había.

Mas ay! al despuntar el nuevo día, Á la hechicera Imilda infortunada, También rígida y yerta Hallóse al lado de su amante muerta, Que en sus odios mortales Habían envenenado sus hermanos Las hojas de sus pérfidos puñales!....





ADEI ANTEII

(Al Licenciado don Máximo Fernández.)

Ι.

Los tiempos son de redención y lucha.
Es preciso vencer: con su palabra
El orador libérrimo; el poeta
Con el poder de su divina lira,
Que á un tiempo canta, profetiza y gime;
Y con su pluma el escritor sublime
Que solamente escucha
Del sagrado deber la voz secreta,
Que alumbra á la conciencia y la redime.

II.

Nucstro siglo es de lucha y de trabajo: Y en tan grandiosa y desigual pelea, Por toda espada armarse de una idea, Que hará temblar á la ambición de arriba Y avergonzarse á la ruindad de abajo.

III.

No es del poeta la misión sublime
Cantar como las aves en el nido,
Ajenas ¡ay! á cuanto en torno miran,
Sin fe, sin esperanza y sin anhelo!
Que es su destino proscribir el vicio,
Llevando al alma el bienhechor consuelo.
En este mundo de miseria y duelo,
¿Quién por ventura de sufrir se exime,
Y quien no duda, y de especia, y giner...

IV.

¡Poetas, despertad! El egoísmo Extiende la abyección por todas partes. Las sacras musas y divinas artes
Callan; con heroísmo
El invasor torrente
Contener es preciso; soberana
Indignación encienda vuestros pechos,
Y vuestra voz airada y gigantea
Vibre y fulmine como el rayo ingente;
"Y si queréis que el universo os crea
(Oíd al gran Quintana)
"Dignos del lauro en que ceñís la frente,
"Que vuestro canto enérgico y valiente,
"Digno también del universo sea."

V.

Amar á la mujer: sublime y dulce
Compañera del hombre, que en su anhelo
Y su pasión ardiente
Le hace olvidar la tierra
Y en alas del amor lo lleva al ciclo:
Eterna y santa fuente
De luz, de inspiración y de consuelo;
Herir de muerte al fanatismo insano;

Amar la Unión y acriminar la Guerra, Y en uno sólo, inmenso y soberano, Fundir los pueblos todos de la tierra; Rayos de indignación y de exterminio Lanzar contra el tirano Inícuo, que á despecho De la Razón y Libertad sagradas, La Justicia conculca y el Derecho; Llevar á la conciencia De la ignorante turba envilecida, Á quien la infamia sin piedad oprime, La luminosa antorcha de la Ciencia: Redimir al que gime; Alzar á la Virtud augusto templo; Honrar al genio; bendecir el Arte; Y por toda creencia Proclamar con ardor y noble acento La hermosa religión del SENTIMIENTO: He aquí del siglo la misión sublime!















1.0 ERNANDE GLQBE 9" /194-0 MASTER CARD HE IRA COSTARRICE

